

El Pequeño Vampiro

y los visitantes



ANGELA SOMMER-BODENBURG



Anton convence a su padre para ir de excursión al Valle de la Amargura y así poder ver en secreto a Rüdiger y Anna. Mientras, los habitantes del valle son víctimas de una extraña enfermedad que les hace estar débiles y anémicos.



Angela Sommer-Bodenburg

El pequeño vampiro y los visitantes

El pequeño vampiro -7

ePUB r1.0
Eibisi 25.10.13

Título original: *Der kleine Vampir im Jammertal*

Angela Sommer-Bodenburg, 1986

Traducción: José Miguel Rodríguez Clemente, 1989

Ilustraciones: Amelie Glienke

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.0



Este libro es para todos aquellos que por la mañana contemplan aliviados su imagen en el espejo del cuarto de baño... y, naturalmente, para Katja y Burghart

Angela Sommer-Bodenburg



A Anton le gusta leer historias emocionantes y espantosas. Especialmente le encantan las historias de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.



Rüdiger, el pequeño vampiro, es vampiro desde hace por lo menos ciento cincuenta años. El hecho de que sea tan pequeño tiene una razón sencilla: se convirtió ya de niño en vampiro. Su amistad con Anton empezó estando una vez Anton nuevamente solo en casa. Allí estaba de repente el pequeño vampiro sentado en el poyete de la ventana. Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había «comido». Realmente, Anton se había imaginado a los vampiros mucho más terribles y, después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad, le encontró verdaderamente simpático. A partir de entonces la vida bastante monótona de Anton se volvió muy emocionante: el pequeño vampiro trajo consigo también una capa par a él, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlottertein. Pronto conoció Anton a otros miembros de la familia de vampiros.



Anna la Desdentada es la hermana pequeña de Rüdiger. No le han salido todavía dientes de vampiro, de forma que ella es la única de la familia de vampiros que se alimenta de leche. «¡Pero ya no por mucho tiempo!», matiza ella. También lee historias horripilantes.



Lumpi el Fuerte, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces alta, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no

saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.



Los padres de Anton no creen en vampiros. La madre de Anton es maestra; su padre trabaja en una oficina.



Tía Dorothee es el vampiro más sanguinario de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.

A los restantes parientes del pequeño vampiro no llega a conocerlos Anton personalmente. Pero ha visto una vez sus ataúdes en la Cripta Schlotterstein.



El guardián del cementerio, Geiermeier, persigue a los vampiros. Por eso los vampiros han trasladado sus ataúdes a una cripta subterránea. Hasta hoy, Geiermeier no ha conseguido encontrar el agujero de entrada a la cripta.



Schnuppermaul es de Stuttgart y es jardinero de cementerio. Debe ayudar a Geiermeier a embellecer el cementerio y echar a los vampiros.

Inventario

Era el 7 de diciembre, un día gris y triste. E igual de sombríos y melancólicos se hallaban los ánimos de Anton. Estaba sentado al escritorio, había encendido la lámpara y miraba fijamente y de mal humor el folio en blanco que tenía delante.

Su madre le había aconsejado que escribiera la carta a Papá Noel..., como remedio contra su mal humor, según había dicho ella.

Pero Anton no se alegraba absolutamente nada por las Navidades, y pensar en un abeto adornado bajo el cual hubiera regalos y en una familiar fiesta de Nochebuena con una sabrosa cena y con juegos lo único que le producía era dolor de estómago.

A Anna y a Rüdiger, sus mejores amigos, les esperaba quizá la peor fiesta de Nochebuena de su..., ejem..., vida. ¡Cómo iba Anton a poder estar contento y celebrarlo...!

Con la mano temblorosa escribió:

«Deseo que Anna y Rüdiger regresen. Que vuelvan a instalarse en su antigua cripta. Y que a Geiermeier y a Schnuppermaul los trasladen en el trabajo... ¡A un cementerio al otro extremo del mundo!»

Después de escribir aquello se sintió un poco mejor. Fue al armario y buscó bajo sus jerséis la vieja y agujereada capa de vampiro que Anna le había dado al despedirse.

«Esta se quedará en tu casa —había dicho ella—, para que no nos olvidemos el uno del otro.»

Desde entonces habían pasado ya muchas semanas y Anton no la había vuelto a ver ni una sola vez. Aquello ocurrió la noche siguiente al traslado de los vampiros al Valle de la Amargura. Anna tenía muchísima prisa y sólo le había informado de que todo había ido bien y de que ahora vivían en un ala del castillo en ruinas.

Llamaron.

Anton se levantó sobresaltado.

—¿Qué pasa? —exclamó de mal humor—. Todavía no he terminado la carta a Papá Noel.

Pero en lugar de obtener respuesta se repitió la llamada, y entonces Anton se dio cuenta de que no era la puerta. Alguien estaba llamando a su ventana suave y cautelosamente.

—¡Anna!

Reprimiendo un grito, Anton corrió hasta la ventana y echó a un lado las cortinas con tanta fuerza que el jarrón con las flores secas se cayó al suelo estrepitosamente.

Pero la figura vestida de negro que estaba allí fuera no era Anna. Sobre el alféizar de la ventana estaba Rüdiger, el pequeño vampiro, observando fijamente a Anton con una amistosa risa irónica y descubriendo al mismo tiempo sus afilados y fuertes colmillos.

Ver los dientes de vampiro, afilados como cuchillos, unido a la decepción de que no fuera Anna hizo que Anton se quedara paralizado. Entretanto, el vampiro golpeó impaciente repetidas veces el marco de madera.

—¡Eh, abre! ¿O es que quieres que me quede aquí congelado? —exclamó con voz amortiguada.

—¡No!

Anton, apocado, movió el pestillo y el pequeño vampiro entró de un salto en la habitación. Tenía profundas ojeras y sus labios aparecían finos y pálidos... ¡auténticamente exangües! Anton sintió que le corrían escalofríos. ¿No habría ido acaso Rüdiger a su casa a...?

—No te preocupes —dijo el vampiro con voz ronca—. Sólo quiero recoger la capa.

—¿La capa?

—Tía Dorothee ha decidido hacer inventario.

—¿Hacer inventario?

—Sí. Aproximadamente cada cinco años se le ocurre la idea de contar nuestras pertenencias. Pero esta vez ya quiere hacer inventario después de dos años. Como nos hemos trasladado...

—¿Y qué es lo que contáis?

—¡Todo! Nuestros ataúdes, las mantas guateadas, las almohadas, las capas, los impermeables, las medias, los zapatos, el tesoro de la familia, las velas, las cerillas...

—¿Las cerillas también? —exclamó desarmado Anton—. ¡Pues os podéis volver micos contando!

—¡Efectivamente! —dijo el vampiro con un suspiro—. Y luego Tía Dorothee hace listas de todo, ¡y como falte algo!... En el último inventario, Lumpi no pudo presentar su manta guateada. La había prestado y ya no sabía a quién. Tía Dorothee no le dejó en paz hasta que no encontró su manta guateada. Por cierto: la tenía Waldi el Malo... ¡Sí, y Anna me está haciendo ahora a mí exactamente igual que Tía Dorothee! —añadió lleno de rabia.

—¿Anna? ¿Cómo es eso?

—Por su culpa he tenido que volar el largo camino que hay del Valle de la Amargura hasta aquí... ¡Y sólo porque ella fue tan tonta que dejó en tu casa la capa de Tío Theodor!

—¿Tonta? —protestó Anton—. A mí me parece que fue muy amable por su parte.

El pequeño vampiro resopló despectivo.

—¡Anna se gana las simpatías y yo tengo el trabajo y las molestias!

—¿Por qué no ha venido la propia Anna? —preguntó Anton.

—¿De verdad quieres saberlo? —repuso el vampiro sonriendo irónicamente.

—Sí.

—Bueno, pues es por motivos profesionales.

—¿Por motivos profesionales?

—Sí, es que... —el vampiro tosió ligeramente—, el cambio todavía le trae de cabeza.

—¿El cambio al Valle de la Amargura?

—¡Ese también!

Anton seguía sin entender qué era lo que quería decir.

—Pues, ¿qué otro cambio entonces?

Rüdiger le miró y se rió despóticamente.

—¡Comida y bebida, alabado sea Drácula! —exclamó.

De pronto, Anton comprendió cuál era el cambio que tenía que realizar Anna, que hasta hacía poco tiempo sólo había bebido leche.

Se puso del color de la ceniza.

El pequeño vampiro le observó muy divertido.

—¿Lo has entendido ahora?

—Sí —balbuceó Anton.

—Bien. ¡Dame de una vez la capa! ¿O es que acaso ya no la tienes?

—Sí, sí...

Con las piernas inseguras, Anton fue al armario y sacó la capa. Cuando tocó la áspera tela volvió a pensar en Anna... y en lo cariñosa que había sido la despedida. ¿Debía realmente desprenderse de la capa?



—Anna dijo que tenía que quedármela —empezó a decir vacilante—, como garantía de que nos volveremos a ver.

—Entonces lo único que tienes que hacer es esperar a que ella venga a visitarte —repuso el vampiro haciendo chocar significativamente sus largos colmillos.

A Anton le corrió un escalofrío helado.

—¡Eres un cerdo! —le dijo furioso.

—No, sólo tengo hambre —contestó el vampiro, y con un movimiento rapidísimo le arrancó de las manos la capa a Anton.

Se subió ágilmente al poyete de la ventana.

—¡Hasta pronto, Anton! —dijo, y se marchó de allí volando.

Anton corrió precipitadamente hacia la ventana.

—¿Cuándo? —le gritó al vampiro, pero Rüdiger ya no respondió. Anton vio cómo se iba haciendo cada vez más pequeño hasta desaparecer en la oscuridad.

La carta a Papá Noel

Volvieron a llamar, pero aquella vez fue a la puerta de la habitación. Anton consiguió cerrar la ventana justo antes de que entrara su madre.

—¿Qué, Anton? —preguntó echando una mirada curiosa al escritorio—. ¿Has terminado tu carta a Papá Noel?

Luego concibió sospechas.

—¡Ya vuelve a oler aquí tan..., tan agrio!

Anton puso cara huraña.

—¡Yo también estoy agrio! ¡Cada cinco minutos vienes y quieres algo de mí!

—Entonces, ¿has escrito ya un par de deseos? —preguntó acercándose al escritorio.

—¡Eh, no debes leer la hoja! —exclamó Anton..., pero demasiado tarde.

—«*Deseo que Anna y Rüdiger regresen. —Leyó a media voz—. Que vuelvan a instalarse en su antigua cripta...»*

No pudo seguir porque Anton agarró la hoja, la arrugó y se la metió en el bolsillo del pantalón.

Ella le miró fijamente con los ojos muy abiertos y sorprendidos.

—¿Ésta es tu carta a Papá Noel, Anton? —luego se rió—. ¡No, esto es sólo una broma tuya! Tú realmente tienes deseos completamente normales... ¡Como cualquier chico de tu edad!

—Ah, ¿eso es lo que crees? —preguntó Anton—. ¿Quieres que te diga qué es lo que deseo?

Ella asintió con la cabeza...

—Deseo tinta invisible... ¡y, además, quiero otra vez una llave para mi puerta!

Durante un instante su madre perdió el habla. Luego repuso fríamente:

—Tú sabes que papá y yo nunca cerramos nuestra habitación con llave. ¡Así que tú tampoco necesitas una llave!

Dicho esto salió violentamente de la habitación.

—Deseos normales... ¡Como cualquier chico de tu edad! —le hizo burla Anton—. ¡Cada vez que oigo eso...!

Se sentó al escritorio, cogió una hoja nueva y escribió:

«*Carta a Papá Noel de Anton von Bohnsack el Furibundo.*

Deseo:

Una capa de vampiro.

Una dentadura de vampiro (que la haga el dentista).

Unos leotardos de lana negros que no piquen.

Ropa interior negra.

Velas negras con portavelas.

Libros de vampiros, por lo menos unos diez.

Y un ataúd.»

Añadió aun un signo de admiración detrás de «Y un ataúd». Luego, satisfecho, se levantó para llevarles la hoja a sus padres.

Como esperaba Anton, su madre estuvo a punto de perder la serenidad cuando leyó los deseos.

—¡Menos mal que mañana tenemos la cita con el psicólogo! —dijo lanzando a Anton una mirada de mal augurio.

—¿Qué? ¿Al picoloco? —gritó Anton—. ¿No será para mí?

Su padre se rió de buena gana.

—No, sólo para mamá y yo.

—¡Pero de todas formas le enseñaré al señor Schwartenfeger tu carta a Papá Noel! —exclamó ella.

Anton sólo se rió irónicamente. Lo que dijera el picoloco no le daba ningún miedo.

—Quizá el señor Schwartenfeger quiera participar en el regalo —dijo—. Los ataúdes tienen que ser muy caros...

Su madre le miró con gesto irritado.

—¡Como sigas portándote así, este año no haremos fiesta ninguna!

—¡Por mí! —repuso Anton—. Yo, de todas formas, no tengo ninguna gana.

¡Vaya sorpresa!

Pero a pesar de las amenazas de su madre, los preparativos de Navidad se pusieron en marcha..., exactamente igual que todos los años anteriores.

El padre de Anton hizo pastelitos de miel «sin azúcar, garantizado», como él aseguraba. La madre de Anton sacó del sótano el cajón de Navidad y colgó por toda la casa estrellas, ángeles y bolas de cristal. Hasta colocó encima de la cisterna del inodoro un nacimiento de madera... y cada vez que Anton tiraba de la cadena se caían un montón de burros, ovejas y pastores.

Lo único extraño fue que sus padres no volvieran a hablar de la carta a papá Noel..., como si hubiera detrás de ello algún plan; un plan que, posiblemente, habían urdido junto con el psicólogo.

En su fuero interno, Anton se arrepentía de no haber anotado un par de deseos más. Por ejemplo, necesitaba urgentemente un par de zapatillas de deporte nuevas, y un chándal nuevo tampoco le habría venido mal. Y en una tienda había visto una estupenda cazadora de plumas y pantalones vaqueros de color negro con las costuras en rojo...

Pero tal como estaban ahora las cosas no le quedaba otro remedio que... ¡dejarse sorprender!

Y, así, llegó el 24 de diciembre. Por la mañana, mientras pintaba en su habitación un christma para sus padres, sintió una cierta alegría anticipada. Y mientras pintaba ángeles con diminutos y apenas visibles dientes de vampiro estuvo cavilando sobre qué regalos iría a recibir.

¿Acaso libros de vampiros?

¿O ropa interior de color negro?

Fuera como fuera, un ataúd seguro que no; de eso Anton estaba convencido. ¡Sin embargo, le parecía que tenía que ser muy excitante estar tendido dentro de un ataúd leyendo libros de vampiros a la luz de una vela! Además, también había ataúdes muy bonitos, ¿o no? ¡Pero a los mayores no les caían demasiado bien los vampiros, ni los ataúdes, ni todo lo relacionado con ellos!

Cuando por la tarde empezó a oscurecer, a Anton le llamaron para que fuera a la sala de estar. Ahora sí que estaba excitado, y palpitándole el corazón se puso delante del abeto, bajo el cual había muchos paquetes grandes y pequeños..., cuidadosamente envueltos, de tal forma que sólo se podía intuir su contenido.

Un paquete grande tenía un aspecto especialmente prometedor: como si contuviera una cazadora de plumas.

Completamente esperanzado, Anton tiró de la cuerda que ataba el envoltorio, que estaba demasiado fuerte.

Su padre le interrumpió:

—¡Es mejor que mires primero dentro del sobre!

—Las cartas las leeré después —repuso Anton.

—¡Pero es que hay un regalo dentro! —dijo la madre de Anton.

—¿Un regalo?

Agradablemente sorprendido, Anton cogió el pequeño sobre blanco. ¿Qué otro regalo podría haber dentro de un sobre que no fuera... dinero?

Bien es verdad que sus padres nunca le habían dado dinero por Navidad, pero al parecer habían cambiado de opinión. Y el dinero Anton siempre podía necesitarlo.

Pero en lugar de los esperados billetes Anton sacó del sobre una carta. En ella, con la letra de su padre, ponía:

«Vale por unas "vacaciones-acción".
A canjear en las vacaciones de primavera.»

—¿Un vale? —preguntó incrédulo Anton, que ni siquiera intentó ocultar su decepción—. ¡Yo yo que pensaba que era dinero...!

—¿Dinero?

Su madre jadeó indignada.

—¡Nosotros no somos de esos padres que regalan dinero a sus hijos!

Anton le dirigió de reojo una sombría mirada.

—¡Lástima!

—Bueno, ¿y sabes tú acaso qué son unas «vacaciones-acción»? —preguntó el padre.

Anton sacudió la cabeza.

—Pero ya me lo puedo suponer —gruñó—. Ponerse botas de cordones y hacer marchas..., exactamente igual que las estúpidas vacaciones en Pequeño Oldenbutt.

Su padre se rió.

—Unas «vacaciones—acción» no tienen necesariamente por qué tener nada que ver con hacer marchas. ¡También se podría decir que son unas «vacaciones-aventura»!

—¿Aventura? —repitió desconfiado Anton.

¡Habría que ver qué aventuras eran aquéllas! Probablemente pescar, observar pájaros y por las noches mirar fijamente la luna...

—«Vacaciones-aventura» significa vacaciones fuera de los raíles habituales —explicó su padre.

—¿Cómo? ¿También vamos a ir en tren? —preguntó Anton poco entusiasmado. ¡Él prefería viajar en coche!

—No..., o, bueno, sí. Pero con lo de los raíles habituales yo me refería a otra cosa.

Su padre titubeó antes de seguir diciendo con voz pomposa:

—¡Experimentar algo nuevo, dejar a un lado la monotonía diaria, valor hacia el riesgo!

Anton enarcó las cejas.

—¡No entiendo ni una palabra!

—Lo mejor será que desenvuelvas los paquetes —dijo la madre de Anton—. Entonces sabrás que es lo que papá quiere decir.

—¿Los paquetes también tienen que ver con este... vale? —exclamó indignado Anton.

Pero en lugar de responder, sus padres solamente sonrieron.

—¡Eso sí que es una buena sorpresa! —dijo Anton, y con cara larga se puso a desenvolver paquetes.

Cuando Anton terminó de desenvolver todos los paquetes grandes y pequeños supo realmente qué clase de «vacaciones-aventura» le esperaban.

—¡Ir de acampada! —exclamó suspirando.

—¿No te alegras? —preguntó sorprendido su padre.

—Bueno, sí...

Anton examinó indeciso los regalos.

La tienda de campaña parecía espaciosa; el saco de dormir estaba suavemente acolchado, y con el cuchillo de excursionista se podían tallar en la madera cosas estupendas. Y hacer por la noche recorridos de exploración con la linterna también se lo imaginaba Anton interesantísimo.

Pero yendo con sus padres... Seguro que por las mañanas dormirían hasta tarde y querrían descansar, y luego irían de paseo y mantendrían conversaciones interminables...

—Ir de acampada no me parece que sea mucha aventura —gruñó.

—¿Y por qué no? —quiso saber su padre.

—¡Probablemente porque ahí no hay vampiros! —observó mordaz la madre de Anton.

—¡Sí, exacto! —confirmó Anton igual de mordaz..., y mientras decía aquello se le ocurrió una idea. ¿Qué tal si pasaran sus vacaciones en tienda de campaña... en el Valle de la Amargura?

»¿Y dónde queréis ir de acampada? —preguntó, y creyó no poder dar crédito a sus oídos cuando su padre contestó:

—El sitio puedes elegirlo tú mismo.

—¿De verdad que puedo elegir yo mismo el sitio? —exclamó.

—¡Sí! Por cierto: las «vacaciones-acción» son una idea del señor Schwartenfeger —explicó su padre— como tratamiento, por así decirlo, para que no estés siempre pensando solamente en vampiros.

—¿Como tratamiento? ¿Para que no esté siempre pensando solamente en vampiros? —dijo Anton riéndose para sus adentros.

¡Aquello realmente era una idea súper del señor Super..., eh..., Schwartenfeger!

—No sé qué es lo que encuentras tan divertido —dijo incisiva la madre de Anton.

—¡Jo! —se hizo el inocente Anton—, ¡sólo me alegro por las vacaciones!

Y aquello era realmente cierto. Anton se alegraba incluso por partida doble: por las vacaciones con tienda de campaña y saco de dormir... ¡Y sobre todo, naturalmente, por ir a ver a los vampiros!

Un regalo más

Después de la tradicional cena de Nochebuena (en casa de Anton por Nochebuena siempre había pato a la Bohnsack), Anton se retiró a su habitación y hojeó el nuevo libro que le habían regalado.

Llevaba por título *Vacaciones en la Madre Naturaleza*, y con encabezamientos tales como «Interpretar huellas, pero correctamente» o «Hacer fuego, pero ¿cómo?», o «Comer, pero ¿qué?», no prometía más que puro aburrimiento.

Diciendo despectivamente: «Leer, pero los libros apropiados», Anton lo hizo desaparecer en la estantería.

Luego se sentó al escritorio, abrió su atlas escolar y con el corazón palpitante buscó un mapa del Valle de la Amargura.

De repente oyó que llamaban a la ventana.

¡Eso era lo último que hubiera esperado! Se levantó precipitadamente, fue corriendo a la ventana y echó a un lado las cortinas.

Allí fuera había una pequeña figura, pero tenía un aspecto tan extraño que Anton en un primer momento se quedó rígido de espanto.

Luego, poco a poco, comprendió que aquel ser del raro sombrero y del velo negro que le llegaba hasta la punta de la nariz... ¡tenía que ser Anna!

Desconcertado, abrió la ventana y Anna entró en la habitación lenta y cautelosamente, lo cual no era, ni mucho menos, su estilo. Anton se asustó. ¿Acaso estaría herida?

Pero cuando estuvo ante él, Anton descubrió el motivo: ella llevaba zapatos nuevos —botines pasados de moda con tacones altos— y en lugar de sus agujereados leotardos de lana, unas finas medias negras de seda. Por eso tenía que moverse tan cautelosamente: ¡para no perder los botines!

Entonces se echó para atrás el velo con un gracioso movimiento y le miró sonriente.



—¡Buenas noches, Anton!

—¡Hola, Anna! —dijo Anton notando que se ponía colorado.

También las mejillas de Anna se habían sonrojado.

—¿Tenía que venir! —dijo—. Al fin y al cabo hoy es Nochebuena, la fiesta del amor.

Y mirando preocupada hacia la puerta preguntó:

—¿Están aquí tus padres?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, pero están viendo la televisión: el programa de Nochebuena.

—Ah, bueno —suspiró ella aliviada—. Tengo un pequeño regalo para ti.

Dicho esto sacó de debajo de su capa un pequeño paquetito envuelto en papel de regalo y se lo entregó a Anton.

—Pero..., yo no tengo absolutamente nada para ti —dijo tímidamente.

—¡Oh, claro que sí! —repuso ella—. ¡Que tú existas y que yo pueda venir siempre a verte ya es suficiente regalo para mí!

Anton, bajó los ojos. Se había puesto tan colorado que su cara ardía auténticamente.

—¿No vas a abrirlo? —preguntó con dulzura Anna.

—Sss..., sí.

Con dedos temblorosos quitó el papel.

Apareció un pequeño frasco como los que se utilizan para el perfume. Pero habían arrancado la etiqueta y sustituido por otra escrita a mano.

—M-u-f-t-i A-m-o-r E-t-e-r-n-o —leyó—. ¿Muftí Amor Eterno? —repitió mirando interrogante a Anna.

Asintió avergonzada con la cabeza.

—Lo he mezclado yo para nosotros —susurró—. Nadie en el mundo entero desprenderá este aroma. ¡Sólo tú y yo!

—¿Aroma? —dijo Anton con dudas justificadas, pues se acordaba demasiado bien del penetrante y vomitivo olor de otros perfumes de vampiro.

»—¿Lo has usado tú ya? —preguntó.

—¡Cómo iba a hacerlo! —repuso Anna con vehemencia—. ¡Lo usaremos juntos, aquí, en tu casa!... ¡Tiene un efecto muy peculiar! —añadió misteriosamente.

—¿Un efecto muy peculiar? —Anton, que en ese momento iba a desenroscar el tapón, se detuvo atónito—. ¿No será acaso que yo también...?

Vaciló en pronunciar la terrible sospecha. Pero Anna ya le había entendido.

—¡No, claro que no! —dijo con un suave tono de reproche en la voz—. ¡Con un perfume nunca podrás convertirte en vampiro!... Ni siquiera con Muftí Amor Eterno —completó con una pequeña sonrisa de lástima—. El efecto es otro.

—¿Y cuál es? —preguntó Anton, que seguía desconfiando.

—Que nosotros jamás volveremos a sentirnos solos —contestó sencillamente—. ¡Y ahora abre ya el frasco de una vez!



¿Vivir? ¡No estaría nada mal!

Anton abrió de mala gana el tapón de rosca. Para sus adentros ya se había hecho a la idea de que enseguida olería algo asqueroso y apestoso. Por eso se quedó aún más sorprendido cuando del frasquito se desprendió un aroma pesado y dulzón.

—¿Te gusta el Muftí Amor Eterno? —le oyó susurrar a Anna.

—Sí —dijo asombrado Anton—. ¡Hue..., huele a rosas!

Anna soltó una risita.

—Es que son rosas..., rosas del cementerio. ¡Solamente he reunido los pétalos de las rosas rojas porque el rojo es el color del amor!

—¿El color del amor? —repitió receloso Anton.

Para Rüdiger el rojo tenía un significado completamente diferente: ¡Sangre! Se estremeció.

Anna pareció adivinar sus pensamientos.

—¡Tú te crees que con el color rojo nosotros no pensamos nada más que en una cosa! —dijo agresiva—. Pero eso no es cierto. ¡Nosotros no somos todos iguales! ¡Exactamente igual que os ocurre a los seres humanos! Y para que lo sepas: ¡yo ya no quiero convertirme en un auténtico vampiro!

—¿No? Pero..., ¡si te van a salir dientes de vampiro!

—Ah, ¿sí? ¿Tú crees?

Con una sonrisa de triunfo puso al descubierto su perfecta dentadura blanca y, para infinita perplejidad de Anton, éste vio que los colmillos de Anna seguían siendo bastante cortos y romos.

—¿Cómo..., cómo es posible? —se sorprendió—. Pero si tú misma dijiste que te iban a salir dientes de vampiro... Y que tienes que llevar un chupete para que tus colmillos se hagan largos y afilados...

—¡No me recuerdes el chupete! —repuso con mucha dignidad—. Lo he tirado. ¡Si no quiero convertirme en un auténtico vampiro, tampoco necesito dientes de vampiro!... Y además: estoy intentando volver a beber leche —añadió—. Aunque sea descremada...

—¿Y eso puede ser?

Anna estiró el mentón y puso una cara muy decidida.

—¡Sólo hace falta quererlo firmemente!

Anton la miró con fijeza sin decir palabra.

Entonces el gesto de ella cambió y sonriéndole cariñosamente a Anton dijo:

—¡Y sobre todo hay que saber por quién se hace!

Anton estaba tan perplejo que ni siquiera sabía qué tenía que contestar.

—Me lo he pensado todo muy bien —oyó que continuaba diciendo Anna—. Si tú no quieres convertirte en vampiro, entonces yo tampoco... ¡Por lo menos no en un auténtico vampiro!

Dijo aquello de una forma tan natural y espontánea como si hablara de la cosa más sencilla del mundo.

Por el contrario, a Anton, con sólo escucharlo, se le habían puesto las orejas coloradas.

En medio de su desconcierto, cogió algunas gotas de Muftí Amor Eterno y las extendió sobre

el dorso de la mano.

—¡Oh, sí, yo también! —exclamó alegremente Anna—. ¡Yo quiero oler exactamente igual que tú!

Anton le entregó el frasco y ella roció de gotas de perfume su capa y el raro sombrero redondo. Por la habitación se extendió un fuerte olor a rosas casi insoportable.

—¿Y qué dicen a eso los otros vampiros? —preguntó Anton con voz ronca y oprimida.

—Oh, a ellos el aroma les parecerá repulsivo —contestó riéndose Anna—. ¡Y para mi nariz, para ser sincera, también es algo... inusual!

—No, no me refiero al perfume —repuso Anton—, sino al asunto del chupete y de los dientes de vampiro.

Anna le miró con una picara sonrisa.

—¡Se pondrían fuera de sí..., si lo supieran! Pero yo soy lo suficientemente lista como para que no se den cuenta. Rüdiger, por ejemplo, piensa que soy muy torpe cuando..., ejem..., cuando hay que aproximarse sigilosamente y que por eso no capturo nada. ¡Lo que no sabe es que no quiero capturar absolutamente nada!

—¿Y Tía Dorothee? —preguntó angustiado Anton—. ¿Todavía no ha notado nada?

—Ya quería darme clases, como hizo aquella vez con Olga. —Anna se rió entre dientes—. Pero yo dije que tenía que conseguirlo yo sola, con mi propio esfuerzo... ¡Y en realidad lo conseguiré! —añadió—. ¡Lo que no saben Tía Dorothee y los demás es lo que voy a conseguir!

—Y... ¿de qué vives? —preguntó Anton sintiendo que su corazón latía más deprisa.

Anna tenía un aspecto tan delicado y tan frágil... Y le parecía que su cara se había vuelto más estrecha y más pálida.

—¿Vivir? —Ella se rió entre dientes—. ¡No estaría nada mal!

—Quiero decir: ¿de qué te alimentas? —se corrigió rápidamente Anton.

—Ah, de muchas cosas —contestó ella de forma imprecisa—. ¿Te preocupas por mí?

Anton tragó saliva.

—Pensaba que a lo mejor puedo ayudarte de alguna manera.

—Sí que puedes ayudarme... Simplemente creyendo tan firmemente como yo que lo voy a conseguir...

—¡Pero si eso ya lo creo!

—... y visitándome más a menudo ahora que yo no estoy tan..., ejem..., tan fuerte.

—Yo..., es que ya no tengo la capa de vampiro —objetó Anton—. Rüdiger me la ha vuelto a quitar.

—Ya lo sé —dijo Anna—. Pero cuando pase el inventario, te la podrá devolver.

—¿Y cuándo es el inventario?

—El 31 de diciembre.

—¿Precisamente el día de Nochevieja?

—El día de Nochevieja ningún vampiro puede abandonar la cripta.

—¿No? Pero... ¡entonces no podréis tirar petardos!

—¿Petardos? —gritó estridentemente Anna, y sus ojos centellearon de furia—. ¿Te refieres a

esas cosas horribles que pegan silbidos y estallidos? ¡Uno de esos... proyectiles tuvo la culpa de que falleciera miserablemente Ena la Buena! ¡La alcanzó en el aire, prendió fuego en su capa, ella cayó desde lo alto y... —Anna sollozó— ...y se abrasó! ¡Pobre Ena!

—¿Se abrasó? —dijo sorprendido Anton. Para él hasta entonces los petardazos de Nochevieja habían sido solamente una diversión enorme, y nunca había pensado que pudieran ser peligrosos para los vampiros.

»Pues sí que lo tenéis difícil... —dijo compasivo—. ¡Ni siquiera podéis celebrar la Nochevieja!

Pero Anna no puso, ni mucho menos, una cara tan triste.

—Según se mire —contestó—. Yo en cualquier caso, nunca te hubiera conocido si no...

Dejó sin terminar la frase, pero Anton ya había entendido qué era lo que ella quería decir.

Sintió que se le ponía un poco la carne de gallina. Las palabras de Anna le habían recordado que hacía ya más de cien años que ella... ¡se había convertido en vampiro! ¡No, prefería no seguir pensando en ello!

—¡Por cierto: en las vacaciones de primavera voy a ir al Valle de la Amargura! —dijo desviando rápidamente la conversación hacia otro tema.

—¿Que vas a venir al Valle de la Amargura? —dijo ella con alegría.

—Sí, con mis padres... De acampada.

—¿De acampada? ¿Vais a vivir entonces en una de esas pequeñas casas de tela que parecen tan confortables?

Anton asintió con la cabeza.

—Es que mis padres quieren hacer «vacaciones-acción» —explicó—. Y a mí me han dejado elegir el sitio.

—¿«Vacaciones-acción»? ¿Qué es eso?

—Tiene uno que dedicarse a la acción por sí mismo: encender fuego, hacer la comida, explorar la zona y cosas así...

—¡Eso suena bien! —opinó Anna—. Así podrás dedicarte a la acción siempre después de que anochezca y venir conmigo en busca del tesoro.

—¿En busca del tesoro?

—¡Sí! ¡Yo me escondo y como soy tu tesoro, tú me buscas! —ella se rió entre dientes.

Anton desvió tímido la mirada. ¡Por qué tenía Anna que ser siempre tan... directa!

—Pero también hay otros tesoros —oyó que decía—. Estos zapatos, por ejemplo, y las medias y el sombrero..., los encontré en un enorme armario del sótano. ¡Allí todavía quedan cosas para ti!

Se quitó los botines y los metió bajo su capa. Ahora estaba en medias ante Anton y a él le pareció aún más delicada y frágil.

—Los zapatos pertenecieron antiguamente a una damisela —explicó ella—. Por desgracia me están un poco grandes; sobre todo cuando vuelo.

Se subió con agilidad al poyete de la ventana.

—¿Te..., te vas ya? —preguntó desconcertado Anton.

—¿Irme? ¡No! —ella sonrió y acarició con ternura su vieja y raída capa—. ¿Te gustaría que

me quedara?

—Sí...

—¡Eso es muy cariñoso por tu parte! Pero ya me he entretenido demasiado. Solamente dime deprisa cuándo vas a venir al Valle de la Amargura.

—¿Cuándo? Eso antes tengo que mirarlo —contestó tímidamente Anton, y revolvió entre sus cuadernos y sus libros.

Después de buscar un poco encontró el calendario donde venían las fechas de vacaciones.

—¡Aquí! —dijo—. El primer día de vacaciones es el 20 de abril.

—¿El 20 de abril? —Anna se rió entre dientes—. ¡El 21 de abril es el aniversario de vampiro de Tía Dorothee!

—¿Precisamente e 21 de abril? —exclamó sobresaltado Anton—. Jo...

El aniversario de vampiro de Tía Dorothee, o sea, que aquel día se había convertido en vampiro.

Pero Anna le tranquilizó.

—Por eso no tienes que preocuparte —dijo—. En su aniversario de vampiro, Tía Dorothee es completamente inofensiva. Se pone su vestido de novia, que tiene más de ciento cincuenta años, se coloca sus cadenas de oro y se tumba en el ataúd. Y entonces se pasa toda la noche pensando en Tío Theodor y hablando con él.

—¿Habla con Tío Theodor? Pero si él ya hace mucho que está...

Anton no se atrevió a pronunciar la palabra «muerto». Además, no pegaba con el trágico fin de Tío Theodor; el guardián del cementerio, Geiermeier, le había atravesado el corazón con una estaca... ¡Brrrr!

—Tampoco habla de verdad con Tío Theodor —contestó Anna—, sino sólo... ¡espiritualmente!

Y mirando a Anton con los ojos muy abiertos y relucientes añadió:

—Es que el amor verdadero no muere... ¡jamás!

Anton tenía la sensación de estar rojo (rojo como la sangre). Desvió rápidamente la vista.

—Que te vaya bien, Anton —oyó que decía Anna—. Y hasta pronto.

—¡Espera! —exclamó él—. ¿Cuándo nos vamos a ver? ¿Y dónde?

—Ven el 21 de abril al castillo en ruinas —contestó—. Nos reuniremos en el viejo jardín salvaje que hay junto al avellano..., donde se escondió Tía Dorothee cuando hubo el baile de los vampiros.

Ya estaba ella extendiendo los brazos bajo su capa cuando se acordó de otra cosa.

—¿Cuánto tiempo duran esas... vacaciones de primavera? ¿Hasta principios de verano?

—No, sólo dos semanas.

—¿Sólo dos semanas?

Por un momento pareció muy decepcionada, pero luego volvió a sonreír.

—¡Dos semanas también pueden ser muy hermosas! —dijo con voz firme—. ¡Sólo depende de lo que hagamos nosotros en ellas!

Y con una última mirada efusiva a Anton salió de allí volando.

«De lo que hagamos nosotros en ellas», pensó incrédulo Anton. Anna parecía haber olvidado que estaría acompañado por sus padres...

Un cambio completamente inesperado

Pero más tarde, catorce días antes de empezar las vacaciones de primavera, la madre de Anton declaró de repente que prefería no ir de vacaciones con ellos. Debido a la sorpresa a Anton se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que toser terriblemente.

—¿Y eso por qué? —preguntó cuando consiguió recuperarse.

Y mientras lo decía las ideas se agolparon en su cabeza. Vacaciones sin su madre significaba que se podría mover con mucha más libertad, que no tendría que dar explicaciones por todo y, especialmente, que podría reunirse sin excesiva dificultad con Anna y Rüdiger, ¡pues su padre no creía en vampiros!

Anton tuvo que morderse la lengua para que su madre no se diera cuenta de lo entusiasmado que estaba con aquel inesperado cambio.

—Ah —oyó que decía su madre—, me temo que todo eso para mí es demasiado... ¡rústico!

—¿Rústico? ¿Qué significa eso?

—Bueno..., pues que a mí me gusta mi ducha caliente después de levantarme, mi café, mi huevo hervido en su punto, y también prefiero dormir en una cama a hacerlo en un saco de dormir —contestó, y se rió tímidamente como si le resultara doloroso tener aquellas necesidades.

¡Anton, por el contrario, estaba inmensamente feliz al saber que ella no estimaba demasiado la vida sencilla!

—¿Crees que papá y tú os podréis apañar sin mí? —preguntó ella.

—¡Seguro que sí! —exclamó Anton.

¡Tenía que convencerla como fuera de que podía ir muy bien de vacaciones incluso con su padre solo!

—¡Si tengo vuestro libro...! —se le ocurrió decir.

Su madre sonrió agradecida.

—Quizá no sea tan malo que viajéis alguna vez sin mí. El señor Schwartenfeger también dice que podría resultar muy interesante.

—Si el señor Schwartenfeger lo dice... —observó astutamente Anton—, ¡entonces tiene que ser verdad!

Poco a poco el psicólogo le estaba resultando realmente simpático... ¡Al menos mientras no quisiera probar con él —Anton— sus métodos de tratamiento!

Y además: desde que los padres de Anton iban a ver al señor Schwartenfeger una vez a la semana se habían vuelto mucho más amables y comprensivos.

Algunas veces hasta pasaban cosas excitantes y sorprendentes... ¡Como ahora!

—¿Y papá? —preguntó—. ¿Qué opina papá de ello?

—Dijo que primero teníamos que preguntarte a ti porque las vacaciones son tu regalo de Navidad. Pero si tú estás de acuerdo..., ¡yo creo que papá tenía ganas de ir de vacaciones contigo a solas!

Anton sonrió satisfecho para sus adentros.

—¡Yo también!

¡La única pena es que no pudiera contarles aquello inmediatamente a Anna y a Rüdiger!

Pero desde el 24 de diciembre no había vuelto a ver a Anna, y Rüdiger tampoco había ido a devolverle la capa.

Si Anton hubiera tenido la capa, quizá habría ido volando él mismo al Valle de la Amargura, pero así... En su bicicleta habría tardado medio día en llegar allí. O aún más.

¡No, no podía hacer ninguna otra cosa más que esperar a que empezaran las vacaciones de primavera!

Aventura..., nada segura

Y por fin llegó el primer día de vacaciones.

La madre de Anton les preparó un sustancioso desayuno con jamón y huevos fritos..., pero Anton estaba tan nervioso que apenas pudo comer nada.

Después de desayunar, la madre de Anton les llevó a él y a su padre al tren.

—¡Escribidme pronto! —rogó.

—Huramm..., ya veremos —dijo Anton—. Si encontramos un buzón...

—¡O llamadme por teléfono!

—¿Llamar por teléfono? —Anton se rió irónicamente—. ¡No creo que haya cabinas en el Valle de la Amargura!

Le parecía algo muy agradable que fueran a estar dos semanas prácticamente aislados... ¡Y el papel de carta ni siquiera lo había metido en el equipaje!

—Seguro que tendrás noticias nuestras —dijo el padre de Anton—. Cuando llegemos a Larga Amargura te llamaré por teléfono.

Larga Amargura: así se llamaba el lugar donde tenían que apearse. Allí estaba la estación de tren más próxima al Valle de la Amargura.

Pero después de un viaje de más de dos horas en un tren-tranvía que paraba en casi todas las estaciones, el padre de Anton olvidó su promesa de llamar por teléfono. Y Anton tampoco quiso recordárselo. Para él ahora habían empezado las vacaciones... y todo lo demás le traía absolutamente sin cuidado. Ya no deseaba otra cosa que llegar lo antes posible al Valle de la Amargura.

Pero aquello, de momento, no parecía llegar nunca. Apenas abandonaron el patio de la estación, su padre se paró delante de un escaparate en el que había un par de libros y mapas y dijo:

—Voy a entrar en la tienda a ver si tienen un buen mapa de la región.

—¿Qué? ¿Otro más? —protestó Anton.

Durante el viaje su padre había estado estudiando mapas sin parar. Pero, naturalmente, la observación de Anton no le hizo desistir de entrar en el establecimiento.

Después de algunos minutos también Anton entró en el establecimiento e hizo como si se interesara por los libros que había en una estantería al lado de la puerta.

Mientras tanto, pudo observar perfectamente cómo su padre se paraba delante de un armario con mapas, abría la puerta y empezaba a revolver entre los mapas. Pero era evidente que allí el autoservicio no estaba bien visto.

—¿Qué desea? —preguntó el flaco y rancio dependiente, que todo lo tenía gris: el pelo, la piel, la ropa.

—Yo..., eh..., quisiera un mapa del Valle de la Amargura que sea lo más preciso posible.

—¿Del Valle de la Amargura? —repitió el dependiente. Su voz sonó como si tuviera la nariz taponada. Miró fijamente al padre de Anton, examinándole, sobre todo, la mochila—. No querrá usted acaso pasar las vacaciones en el Valle de la Amargura, ¿verdad?

—¡Ésa es exactamente mi intención! —repuso el padre de Anton.

—Mejor sería que no lo hiciera —dijo el hombre.

—¿Y por qué no?

—Por los... ¡incidentes!

—¿Incidentes? ¿Qué incidentes? —preguntó malhumorado el padre de Anton.

—Bueno... —titubeó el hombre—. Tiene que ver con el castillo en ruinas.

A Anton se le escapó un gritito y se tapó rápidamente la boca con la mano. Por fortuna ninguno de los dos había oído su grito.



—¿Qué pasa con el castillo en ruinas? —preguntó impaciente el padre de Anton.

El dependiente no respondió enseguida. Anton vio cómo variaba de expresión su rostro gris y arrugado. Finalmente dijo:

—Aquello no es nada seguro; ahora mucho menos aún que antes.

El padre de Anton se rió divertido.

—¿Nada seguro? Bueno, si eso es todo...

—¡No se lo tome tan a la ligera! —advirtió el dependiente.

—Eso se lo voy a contar a mi hijo —opinó el padre de Anton—. ¡A él le encanta todo lo misterioso y lo horripilante!

Entretanto, pareció haber encontrado el mapa adecuado... o, por el contrario, quería simplemente acabar la conversación.

—Me llevo éste —declaró poniéndolo encima del mostrador.

Pero el dependiente parecía tener aún algo que decir.

—¿Ha..., ha traído a un niño consigo? —preguntó.

—Sí, a mi hijo.

—¡Entonces sea usted especialmente precavido! —susurró el hombre.

—¿Precavido? —el padre de Anton contó riéndose el dinero para pagar el mapa—. Queremos vivir unas «vacaciones-aventura», mi hijo y yo. Y si esto realmente no es nada seguro... ¡pues mucho mejor!

Cogió el mapa y salió muy ufano del establecimiento pasando justo al lado de Anton, que se había escondido detrás de un paragüero.

Cuando su padre abandonó el establecimiento, Anton echó a correr hacia el mostrador, donde el dependiente se había quedado con gesto preocupado.

—¿A qué clase de incidentes se refiere? —preguntó con voz ronca.

—¿Eres tú el hijo? —preguntó el hombre.

—¡Sí! ¡Y tengo que saber sin falta qué es lo que ocurre con el castillo en ruinas!

Pero antes de que pudiera contestar el dependiente, volvió a abrirse la puerta del establecimiento y Anton oyó que su padre exclamaba:

—¡Anton, te estoy buscando! ¿Qué es lo que estás haciendo? ¡Anda, vamos!

—¡Ya voy! —gruñó Anton... y descontento por no haber podido enterarse de qué pasaba con el castillo en ruinas y los «incidentes», salió trotando del establecimiento.

Fuera su padre dijo:

—¡Creo que ya sé dónde podemos montar nuestra tienda de campaña! En el nuevo mapa figura un sitio que se llama la Cueva del Lobo.

—¿Cueva del Lobo? —repitió asustado Anton. Aún se acordaba muy bien de lo que Rüdiger le había contado la noche de la fiesta de los vampiros. Rüdiger había dicho que antes había lobos en el Valle de la Amargura. ¡Lobos de verdad! Que para alejar del castillo en ruinas a los fisgones los vampiros habían hecho circular el rumor de que aquellos lobos eran hombres-lobo.

Ya entonces Anton había tenido una sensación de angustia. Y aquella angustia la estaba volviendo a sentir de nuevo..., como una mano de hielo que le oprimiera el corazón. Preguntó horrorizado:

—¿Tú crees que sigue habiendo lobos?

Su padre sonrió satisfecho.

—¡Quién sabe...! Pero para unas «vacaciones-aventura» los lobos no estarían nada mal, ¿no? Quiero decir: no demasiados, sino sólo dos o tres que se deslicen y aullen por las noches alrededor de la tienda de campaña... ¡Eso sería muy emocionante!

Era evidente que se estaba burlando de Anton... y aquello ayudó a Anton a tener otra vez las ideas claras.

¡Su padre tenía razón: quizá todavía hubiera lobos en Siberia y en Canadá, pero no allí!

Pero las palabras de su padre le habían dado una idea, una idea muy buena...

—Tienes razón —dijo riéndose irónicamente—. ¡En unas «vacaciones-aventura» tiene que haber obligatoriamente alguien que se deslice y aullé alrededor de la tienda!

El secreto de Anton era a quién se refería al decir «alguien».

Pues depende de por quién...

Siguieron andando. Casas bajas de ladrillo rojo ribeteaban la calle. De tanto en tanto había pequeñas tiendas..., pero el lugar en su conjunto parecía dormido; casi como desierto, le pareció a Anton.

Sólo dos veces se cruzaron con gente; la primera con un hombre viejo que se movía con mucho esfuerzo apoyándose en un bastón, y luego con una mujer con un cochecito de mellizos en el que iban dos niños pequeños pálidos y de aspecto trasnochado. Todos les miraron como si Anton y su padre fueran fantasmas.

Parecía que aquello le había llamado la atención incluso al padre de Anton.

—¡Vaya un pueblucho más raro! —dijo—. Aquí no deben de venir nunca forasteros.

—Al menos no durante el día —dijo Anton riéndose irónicamente para sus adentros. Pero, por supuesto, su padre no entendió el chiste.

—Venga, démonos prisa —dijo—. Cuanto antes salgamos de Larga Amargura mejor.

Pero aún tardaron un rato en dejar atrás aquel lugar. Ahora caminaban por una carretera mal asfaltada que era tan estrecha que no podían pasar dos coches a la vez. Sin embargo, no pasó ningún coche... Durante la hora y media que fueron por aquel camino no pasó ni un solo coche.

«¡Qué extraño!», pensó Anton, y volvió a sentir aquella incómoda sensación de angustia de antes, durante la conversación sobre los lobos...

—¿Dónde está realmente esa Cueva del Lobo? —preguntó—. ¡Espero que no esté al pie del castillo en ruinas!

—¿Tienes algo en contra de los castillos en ruinas? —repuso complacido su padre—. ¡Yo creo que un castillo en ruinas es el marco ideal para unas vacaciones emocionantes y fuera de lo normal!

—¡Bueno, sí, pero no para acampar! —dijo Anton muy categórico.

—¿Y por qué no?

—Porque... —Anton estuvo pensando qué iba a responder.

Naturalmente no podía admitir que tenía miedo de los sedientos parientes del pequeño vampiro, que estaban instalados con Anna y Rüdiger en el castillo en ruinas.

—¡Porque nunca se sabe si estará habitado!

—¿Habitado? ¿Por quién iba a estarlo?

—Por..., por vagabundos.

—¿Por vagabundos? —repitió escéptico el padre de Anton—. ¿Crees tú que un vagabundo se instalaría entre unos muros medio derruidos a dos horas de la localidad más próxima? ¡Ningún ser humano se establecería allí voluntariamente!

¡No, un ser humano no!, admitió para sí Anton; y tampoco los vampiros se habían trasladado al Valle de la Amargura voluntariamente...

—Pero no te preocupes —interrumpió su padre los pensamientos de Anton—; la Cueva del Lobo está bastante alejada del castillo en ruinas. ¿Quieres que te lo enseñe en el mapa?

—¿En el mapa? ¡De eso nada! ¡Así perderíamos más tiempo todavía! —rechazó Anton.

Haciendo rechinar los dientes añadió—: ¡Lo principal es que no tengamos que andar ya mucho!

—¿Te duelen los pies?

—¡No sólo los pies!

A Anton le dolía casi todo: la espalda, las piernas y los pies. ¡En circunstancias normales, ya haría mucho tiempo que se hubiera negado a seguir andando!

—¡Si no tuviera ya los pies planos, con estas vacaciones seguro que se me ponían! —gruñó.

—A mí también me duelen los pies —le confesó su padre—. ¡Y por eso me parece especialmente digno de elogio que hayas aguantado tanto tiempo sin quejarte!

—Sí... —dijo Anton—. Siempre depende de por qué hace uno algo... Y de por quién lo hace —añadió pensando en Anna.

Su padre, pensando que aquel comentario se refería a él, sonrió halagado.

—Realmente, mamá ha tenido una buena idea dejándonos marchar a los dos solos. ¡Y vamos a llegar enseguida! —dijo después de echar un vistazo a su mapa—. ¿Ves la curva que hay allí delante? Tras la curva tiene que salir un camino que lleva directamente al Valle de la Amargura.

Y así fue. Encontraron el camino y después de atravesar un bosque de abetos se abrió ante ellos un amplio valle, surcado por pequeñas colinas, en el que había una vegetación exuberante.

Y allí, en el otro extremo del valle, estaba el castillo en ruinas.



El Valle de la Amargura

—¡Esto es un auténtico paraíso! —exclamó el padre de Anton.

—¿Un paraíso? —Anton miró hacia el castillo en ruinas—. No estaría yo tan seguro de eso...

—¡Claro que sí! —repuso su padre. Se había quitado la mochila y aspiraba el aire en profundas bocanadas—. Un trozo de Naturaleza virgen como este es algo muy poco frecuente...
¡Una verdadera suerte!

Anton tuvo que reírse irónicamente en contra de su voluntad.

—¿Una muerte?

—¡No, una suerte! —le corrigió su padre—. Esto es algo muy valioso y muy poco frecuente...
Pero ¿cómo te has enterado en realidad de la existencia de este valle?

—Bueno... —dijo Anton haciendo tiempo—. Me lo contó un amigo.

—¿Un amigo? ¿Le conozco yo?

—No —dijo Anton, y no mentía del todo ¡pues nadie podía afirmar que su padre conociera realmente al pequeño vampiro!

—En cualquier caso, tu amigo te dio un consejo muy bueno —declaró el padre de Anton—. Por así decirlo, ¡un consejo secreto! ¡Ni siquiera los habitantes del lugar parecen saber lo maravilloso que es esto! Sólo hay una cosa que no entiendo —añadió después de una pausa—. ¿Cómo es que se llama precisamente Valle de la Amargura?

—Quizá porque resulta amargo que alguien quiera venir aquí —opinó Anton.

—Ése no puede ser el motivo —le contradijo su padre—. Posiblemente tenga algo que ver con las viejas ruinas de allí arriba... Las ruinas del castillo no resultan demasiado seductoras.

«¡No, seductoras verdaderamente no resultan!», pensó Anton, que divisaba por primera vez de día las ruinas. Antiguamente tuvo que haber sido una gran fortaleza con poderosas murallas. Pero con el paso del tiempo se habían desplomado la mayoría de los muros... y hasta la torre del castillo y el edificio principal.

Palpitándole el corazón, Anton rememoró la noche del baile de los vampiros, cuando bailó con Anna en el salón de fiestas del castillo en ruinas a los compases del órgano que tocaba Sabine la Horrible.

—Como los decorados de una película de terror —le oyó decir a su padre—. ¡Para la gente supersticiosa tiene que ser realmente un lugar espantoso! —se rió... muy satisfecho consigo mismo—. Y a mí las ruinas tampoco me gustan... ¡Aunque yo no soy nada supersticioso!

—¡Afortunadamente! —exclamó Anton riéndose para sus adentros.

Si su madre hubiera estado allí, quizá las vacaciones hubieran encontrado un final repentino ya en aquel momento, a la vista del castillo en ruinas. Ella tenía una sensibilidad mucho más fina para percibir lo misterioso y lo amenazador... y unas dotes de observación buenísimas.

El padre de Anton, por el contrario, ya estaba otra vez abstraído en su mapa.

—Enseguida llegaremos a un río —declaró—. ¡Adivina cómo se llama!

—Ni idea —gruñó Anton, que no estaba de humor para adivinanzas.

—¡La Amargura! ¡El río se llama La Amargura! —dijo su padre—. ¡Ahora ya sabemos por

qué este verde valle lleva precisamente ese nombre!

Anton se rió burlonamente y se calló.

Estaba segurísimo de que el Valle de la Amargura se llamaba así por una razón muy diferente: ¡porque estaba considerado como un valle de aflicción y amargura debido a los rumores sobre los hombres-lobo!

El camino conducía, monte abajo, hacia el interior del valle. Cuando llegaron abajo vieron un pequeño arroyo que quizá tuviera medio metro de profundidad.

—¿Habías dicho un río? —preguntó Anton.

—Bueno... —dijo turbado su padre—. En el mapa parecía más ancho.

Anton no pudo evitar reírse.

—¡Probablemente la Cueva del Lobo será una conejera!

Pero en eso se había equivocado.

Después de seguir un trecho el curso del río alcanzaron la Colina del Lobo..., según anunció el padre de Anton después de mirar en su mapa.

La Colina del Lobo era una pendiente bastante empinada cubierta de matorrales y arbustos.

—Aquí, en esta colina, tiene que estar la Cueva del Lobo —explicó el padre de Anton.

Anton la observó mirando hacia arriba.

—¡Y ahora encima a hacer alpinismo! —gruñó.

—Oye, ¿no irás a tirar la toalla en los últimos metros? —bromeó su padre.

—La toalla no —dijo Anton—. ¡Pero la mochila sí!

Su padre se rió y empezó a ascender. Anton le siguió de mala gana.

La Cueva del Lobo

Tuvieron que subir casi toda la colina hasta que por fin descubrieron una oquedad en una pared de roca.

—¡Seguro que ésa es la Cueva del Lobo! —dijo el padre de Anton susurrando involuntariamente.

Anton volvió a sentir aquel estremecimiento gélido. Examinó con recelo el suelo ante la nidada de la cueva. Quizá hubiera huellas de lobos o mechones de pelo... Pero no descubrió nada.

—¡Bueno, Anton, ahora demuestra lo valiente que eres! —le oyó decir desafiante a su padre.

—¿Valiente? —repitió Anton.

Estaba convencido de que su padre jamás le enviaría a él primero a una cueva extraña y desconocida. Así que pudo contestar con toda tranquilidad:

—¿Y quién dice que yo soy valiente?

—¡Al menos labia no te falta!

—Aún no —dijo Anton riéndose burlón.

—Pues entonces tendré que entrar yo solo en la cueva —dijo el padre de Anton.

Sacó de su mochila la linterna y la encendió enfocando hacia el interior de la cueva. Anton no pudo distinguir nada porque su padre le tapaba la vista.

—¿Ves algo? —preguntó apremiante.

—No mucho —contestó su padre—. Pero parece que está vacía.

Lentamente se introdujo en la cueva mientras Anton se quedaba fuera presa del nerviosismo.

—¿Qué pasa? —exclamó impaciente, pues a su padre no se le oía decir nada—. ¿Has encontrado algo?

—Sí, huesos —llegó la respuesta.

—¿Huesos? —repitió Anton con voz temblorosa—. ¿Acaso son de... seres humanos?

—No.

La cabeza de su padre surgió por la abertura. Anton comprobó aliviado que no parecía preocupado en absoluto.

—De pollo. Probablemente ya ha habido aquí gente de vacaciones antes que nosotros.

—¿Gente de vacaciones? —dijo incrédulo Anton—. ¿Y no serán... lobos?

—¿Lobos? —su padre contrajo divertido la comisura de los labios—. A ti que te encantan los vampiros, ¿te asustan los lobos...?

—¡No puedes comparar los vampiros con los lobos! —repuso Anton.

—¡Ah!, ¿tú crees? —el padre de Anton sonrió satisfecho—. Pues yo creo incluso que sí se pueden comparar muy bien. Vampiros no hay y lobos tampoco..., por lo menos ahora.

—¡Eso es lo que crees tú! —dijo Anton.

—Sí, eso es lo que creo. ¡Y ahora ven y echa un vistazo a la cueva!

Con una sensación muy desagradable en el cuerpo, Anton se introdujo por la abertura... y se quedó sorprendido al entrar en una cueva que era tan alta que, si se agachaba un poco, podía estar de pie. No era tan grande como la Cripta Schlotterstein..., pero en ella había espacio suficiente

para Anton y su padre.

Al resplandor de la linterna Anton vio paredes de roca desnudas y un suelo de piedra. Estaba vacía, a excepción de un montoncito de huesos pequeños.

—¿Qué dices ahora? —preguntó su padre con orgullo de descubridor—. ¿No es una cueva que ni pintada para nosotros?

—¿Para nosotros? —dijo asustado Anton—. ¡No querrás acaso dormir en la cueva!

—¡Sí! ¡Pondremos nuestras mochilas delante de la entrada y estaremos más seguros que en el seno de Abraham!

—No sé, yo... —murmuró Anton.

Después de pensarlo un poco, la idea, en cualquier caso, no le pareció del todo mala ni mucho menos. Por el contrario, en el caso de la tienda de campaña, sólo hacía falta levantar las clavijas con las que se sujeta al suelo. Y la entrada de la tienda estaba asegurada únicamente por un cierre de cremallera...

—Quizá tengas razón —dijo.

—No sólo quizá —contestó su padre de buen humor—. ¡Esta Cueva del Lobo es una suerte para dos caminantes solitarios como tú y yo!

—¿Caminantes solitarios?

A Anton le costó trabajo no reírse. En el Valle de la Amargura no estaban tan solitarios como creía su padre...

Pero precisamente el pensar en los vampiros le convenció a Anton de que lo mejor era no montar ninguna tienda de campaña..., ¡sobre todo siendo de color rojo chillón!

—¡Pero hay algo que me parece una faena!

—¿El qué?

—¡Que mi tienda es ahora completamente inútil! Para eso podríais haberme regalado otra cosa por Navidad; por ejemplo...: ¡los libros de vampiros!

—¡Quién sabe si no necesitaremos todavía la tienda! —repuso su padre—. ¡Y ahora, lo primero, vamos a reunir hierbas y hojas!

—¿Hierbas y hojas? ¡No querrás probar acaso una de esas horribles recetas del libro!... Sopa de ortigas... Ensalada de diente de león...

—No. Sólo quiero que tengamos un colchón caliente. Las noches de abril son todavía bastante frías.

—¿Y mi esterilla aislante? ¿Y mi saco de dormir? —exclamó indignado Anton—. ¿Ahora también sobran?

—¡De ninguna manera! ¡Los pondremos encima de todo! —le tranquilizó su padre.

—Qué bien que no haya venido mamá —dijo Anton.

—¿Por qué?

—Bueno, pues... ¡En la hierba y en las hojas seguro que hay un montón de escarabajos y arañas!

—Pero si las arañas y los escarabajos son muy monos... —bromeó su padre.

—¿Monos? ¡Estoy intrigado por ver si también dices eso cuando se te pasee una araña gorda

por la nariz!

—¡Ya veremos!

—¡Sí, ya veremos! —dijo Anton riendo mordazmente y con íntima satisfacción, ¡pues ahora sabía dónde iba a poner la primera araña que encontrara en la cueva!

Verdad y poesía

Comieron algo de pan y queso y media tableta de chocolate cada uno. Luego se pusieron a reunir finas ramas secas, hierba, musgo y hojas y cubrieron con ello el suelo de la parte interior de la cueva.

Cuando terminaron, empezó a oscurecer fuera y el aire se había enfriado sensiblemente. Anton entonces se dio cuenta de pronto de lo caliente y confortable que estaba la cueva... y de qué luz tan nostálgica producían las velas, colocadas en dos nichos que había en la roca junto a la salida.

—Tu idea de la cueva no era nada mala —dijo—. Aquí dentro se está casi tan confortable como en una cripta.

Su padre se rió.

—Pronto será todavía más confortable —explicó—, cuando flamee un pequeño fuego delante de la cueva y podamos beber té caliente.

—¡Qué! ¿Quieres hacer fuego?

¡Aquello tenía él que impedirlo como fuera! El resplandor del fuego delataría enseguida a los vampiros su presencia. Y desgraciadamente el clan de los Von Schlotterstein no sólo estaba formado por Rüdiger, el pequeño vampiro, y su hermana Anna, sino que también estaban su imprevisible hermano Lumpi, su siempre ávida Tía Dorothee y Ludwig el Terrible e Hildegard la Sedienta (los padres de los tres hijos vampiros) y Sabine la Horrible y Wilhelm el Tétrico (los abuelos).

—¿Y por qué no iba a hacer fuego? —preguntó sorprendido el padre de Anton.



—Porque...

Anton vaciló. Tenía que ocurrírsele alguna cosa para disuadir a su padre.

—En el libro que me regalasteis en Navidad pone que primero hay que hacer una prueba del suelo —afirmó.

—¿Una prueba del suelo? —preguntó incrédulo el padre de Anton—. ¿Puedo echar un vistazo al libro?

—¿Al libro? Ejem...

Anton hizo como si lo buscara en su mochila... sabiendo perfectamente que *Vacaciones en la Madre Naturaleza* se lo había «olvidado» a propósito en casa...; en su estante de libros aburridos.

—Aquí está —dijo, y riéndose burlón le tendió a su padre el nuevo libro que se había comprado especialmente para las vacaciones con el dinero de sus propinas.

—*El vampiro, verdad y poesía* —leyó en alto el padre de Anton, sorprendido—. Pero...

—¿Cómo se llama el libro? ¿El vampiro? —preguntó Anton haciendo esfuerzos por permanecer serio—. Debo de haberme equivocado al hacer el equipaje.

—¿Quiere eso decir que te has dejado en casa *Vacaciones en la Madre Naturaleza*?

Anton asintió.

—¡Pero si yo me había fiado por completo de que traerías el libro! Con la cantidad de consejos e indicaciones... ¡Sin él estamos perdidos!

—¡Bah —dijo Anton—, ya saldremos adelante también sin él! ¡Y además, yo he... mirado el libro en casa!

«Mirado»... ¡Hasta era verdad!

—Y sé perfectamente cómo se hace un fuego —añadió—. Mira: primero se hace la prueba del suelo. Y si es un suelo seco se cava un hoyo. Luego hay que buscar piedras; pero que no sean de pedernal porque se parten. Si es un suelo húmedo lo primero que hay que hacer es preparar una base firme; por ejemplo, de arena.

Su padre bostezó furtivamente.

—Está bien... —dijo—. Entonces esperaremos hasta mañana para hacer fuego —y con una sonrisa de disculpa añadió—: Sinceramente, yo estoy también muy cansado. ¿Tú no?

—Sí, sí —afirmó con rapidez Anton.

En realidad, a pesar de sus piernas cansadas y sus hombros doloridos, estaba completamente despierto y lleno de impaciencia por salir de la cueva a observar qué ocurría en los alrededores del castillo en ruinas. Pero, desde luego, eso sólo podía hacerlo si no estaba su padre con él.

—¿Por qué no nos acostamos y nos dormimos? —propuso—. Al fin y al cabo, fuera pronto será de noche.

—¡Una idea estupenda! —le elogió su padre, y, como para subrayar sus palabras, bostezó varias veces.

Anton se rió burlonamente para sus adentros. Sabía por experiencia que su padre en vacaciones siempre necesitaba dormir más de lo normal. ¡Si aquella vez ocurría lo mismo, a Anton le vendría de maravilla!

Ayudó a su padre a cerrar la puerta de la cueva con los sacos de dormir. Luego apagaron las velas y a la luz de las linternas se metieron en sus sacos de dormir. Cuando apagaron las linternas

la cueva quedó en la más completa oscuridad.

La luna sobre el Valle de la Amargura

Durante un rato, Anton se quedó acostado sin moverse, escuchando con atención la respiración de su padre, que cada vez era más lenta. Cada poco miraba la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

Cuando pasaron quince minutos preguntó en medio de la oscuridad:

—¿Papá?

Su padre gruñó algo pero no contestó. Ahora Anton estaba seguro de que dormía. Sin hacer ruido, abrió la cremallera de su saco de dormir y encendió su linterna.

Palpitándole el corazón miró hacia donde estaba su padre, pero éste tenía los ojos bien cerrados.

Anton se vistió rápidamente, apartó la mochila y salió al exterior. Desde fuera volvió a colocar con cuidado la mochila delante de la abertura.

Brillaba la luna, y había tanta claridad que Anton apagó su linterna. Luego se quedó allí de pie durante varios minutos, simplemente mirando el Valle de la Amargura, que permanecía sumido en una extraña luz plateada.

Anton pudo reconocer con claridad el castillo en ruinas, que a la luz de la luna le dio una impresión aún más fantasmagórica.

«¡Igual que la noche del baile de los vampiros!», pensó.

Y como si el recuerdo de aquella noche le hubiera provocado una alucinación..., de repente creyó estar oyendo música de órgano que resonaba desde el castillo en ruinas hasta donde se encontraba él.

¡No, no eran imaginaciones tuyas! ¡Alguien estaba tocando el órgano!

Anton sintió un cosquilleo desde los dedos de las manos hasta los de los pies.

Aquella peculiar música tétrica... y encima la luz plateada sobre los muros medio derruidos...

De repente vio cómo desde la torre del castillo se elevaba en el aire una oscura figura.

Sin duda era un vampiro.

Pero aquello solamente —le pareció a Anton— no constituía aún un motivo para estar preocupado. También había vampiros a los que no tenía ningún miedo. Anna, por ejemplo.

De todas formas, lo que le intranquilizaba era el extraño comportamiento del vampiro. En lugar de salir de allí volando, daba vueltas una y otra vez alrededor del castillo en ruinas..., como si estuviera buscando algo con la vista.

Algo... ¡o a alguien!

Al pensar aquello le sobrecogió un terror gélido. ¿Y si resultara que la figura era Tía Dorothee que ya le había olfateado...?

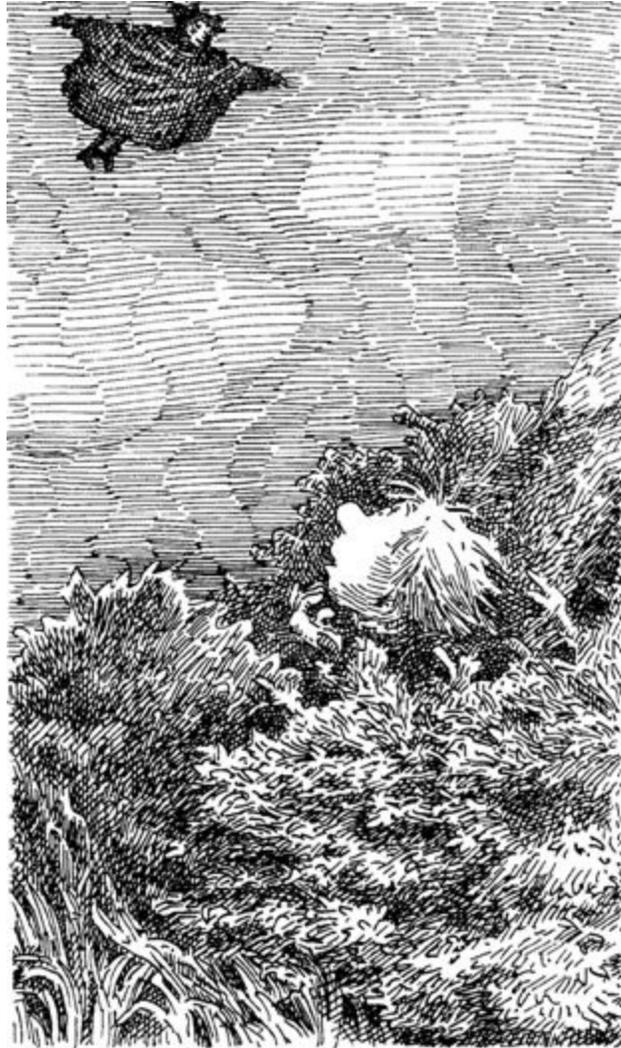
No creía que ella pudiera haberle visto, pues le protegían los matorrales que había alrededor de la cueva. A pesar de ello, Anton se acurrucó aún más en el espeso follaje y acechó, nervioso y tenso, el cielo nocturno. Pasó un rato —que a Anton le pareció una eternidad— sin que ocurriera nada. Luego, de repente, el vampiro surgió en el aire sobre él. Anton tuvo la sensación de que se le había parado el corazón.

Pero el vampiro no dio muestras de haberle visto. Siguió volando sin detenerse y aterrizó en lo alto de la Colina del Lobo.

Ahora Anton le había perdido de vista, pero pudo oír chasquidos de ramas; el vampiro tosió varias veces.

Su tos sonaba bronca y graznante y eso reforzó las sospechas de Anton de que tenía que ser Tía Dorothee. Sólo que, ¿por qué tenía que haber aterrizado precisamente allí arriba, en la Colina del Lobo? ¿No debería temer él que, a pesar de todo, le hubiera olido?

Pensó en aquella noche en la Cripta Schlotterstem, cuando él se escondió en el ataúd de Rüdiger y Tía Dorothee exclamó con su voz estridente: «¡Me huele a sangre humana!».



De cualquier forma, en aquella ocasión ella no pudo asegurar si aquel olor venía de la cripta o venía de fuera. Y quizá esta vez ocurriera lo mismo: que no supiera —¡no todavía!— de dónde venía el olor a ser humano.

En cualquier caso, Anton creía ahora que el vampiro era Tía Dorothee y que le había olfateado. Y en aquella situación sólo le quedaba una salvación: ¡alcanzar lo más deprisa posible la cueva del Lobo!

Corrió agachado hasta la entrada a la cueva, echó a un lado la mochila y se introdujo en medio de la oscuridad.

Cuando volvió a cerrar la abertura con la mochila apenas podía creer que hubiera conseguido

entrar en la cueva a salvo y sin que el vampiro le hubiera descubierto.

Encendió la linterna y observó a su padre. Parecía que seguía durmiendo profundamente. Anton suspiró aliviado. Se quitó de prisa los zapatos y se metió dentro de su saco de dormir así, tal y como estaba, con su grueso jersey y los pantalones vaqueros.

Ya tendido escuchó con atención... a ver si oía ruidos sospechosos delante de la cueva. Pero no se oía nada..., excepto la respiración suave y regular de su padre. Anton sintió que la tensión iba cediendo poco a poco y le iba invadiendo un gran cansancio.

Apagó la linterna... y se durmió.

Como un campeón mundial

—¡Anton, a comer!

Aquella era la voz de su padre.

—¿A comer?

Anton miró adormilado su reloj de pulsera, las manecillas señalaban las doce.

—¡Qué!... ¿Tan tarde...? —exclamó sorprendido.

— ¡Sí! —se rió su padre, que era evidente que se encontraba de buen humor—. Mientras tú estabas aquí durmiendo yo ya he estado en Larga Amargura. He ido a buscar panecillos, he comprado el periódico y he llamado a mamá por teléfono. Por cierto, ¡el hombre de la tienda de los mapas y los periódicos se me ha quedado mirando como si yo fuera un fantasma! —se frotó satisfecho las manos—. ¡También es verdad que es un pueblucho dejado de la mano de Dios! Y hasta a la tercera no encontré una tienda de comestibles abierta. En las otras había un letrero colgado: «Cerrado por enfermedad»... Pero por lo menos estaba abierta la gasolinera. He alquilado allí una bicicleta.

—¿Que... que has alquilado una bicicleta? —dijo perplejo Anton, que no podía digerir tantas novedades juntas... Al menos no inmediatamente después de despertarse.

—Sí, para que podamos ir a comprar todos los días.

A pesar de su modorra, Anton tuvo que reírse irónicamente.

—¿A comprar? Yo creía que tú ibas a hacer unas «vacaciones-aventura»..., recogiendo hierbas, pescando y todo eso...

—Bueno, sí... —dijo su padre alargando las palabras—. Tampoco tiene uno que hacerse la vida más difícil de lo imprescindible. Y por lo que te conozco, a ti también te gusta comer panecillos tiernos.

—¿Hay panecillos? —se alegró Anton, y salio rápidamente del saco de dormir.

Su padre le examinó extrañado.

—¡Oye.., pero si cuando nos fuimos a dormir tú tenías puesto el pijama! ¿Cómo es que ahora estás vestido?

—Yo..., eh..., es que tenía que hacer pis —dijo—. Y fuera hacía un frío que pelaba.

—¿Estuviste fuera de la cueva?

—¡Como que tenía que hacer pis...!

—¿Por qué no me despertaste?

—¿Despertarte? —Anton se rió—. ¿Crees que todavía necesito ayuda?... Además: lo intenté —dijo—, pero tú no te despertaste.

—¿De veras? —su padre se rió cortado—. Bueno, es que ayer fue un día agotador. No es extraño que uno duerma..., hummm..., ¡profundamente! ¡Y tú también has dormido como un campeón mundial! —añadió—. ¡Media hora más y me hubiera ido al castillo en ruinas sin ti!

—¿Al castillo en ruinas? —exclamó sobresaltado Anton.

—¡Sí! Y como no te des prisa iré yo solo a verlas.

—No, no —dijo rápidamente Anton—. ¡Voy contigo!

¡No podía permitir de ninguna manera que su padre husmeara él solo por las ruinas y, quizá, descubriera los ataúdes con los vampiros durmiendo!

Anton estaba ahora tan nervioso que sólo fue capaz de tragarse uno de los panecillos.

A instancias de su padre se guardó otro en el bolsillo del pantalón y después se marcharon.

La reina de las tinieblas

Hacía un día cálido y soleado, y los trinos de los pájaros llenaban el aire.

A Anton le pareció que incluso el castillo en ruinas no tenía ya un aspecto tan lúgubre... Más bien parecía el castillo de la Bella Durmiente del Bosque.

Se acordó de cómo Anna le había contado una vez el cuento de la Bella Durmiente del Bosque..., a su manera.

En el cuento de Anna, la Bella Durmiente era un bello y joven príncipe al que una princesa, que era vampiro, le hacía volver a la vida con un beso de vampiro.

¿Habría también en el castillo en ruinas una vieja torre con una pequeña puerta en cuya herradura hubiera una llave oxidada? ¿Y se abriría la puerta cuando Anton hiciera girar la llave? ¿Y vería entonces a una mujer con una rueca hilando lino?

¡Seguro que no! Si se encontrara con una mujer en las ruinas, se trataría sin duda de Tía Dorothee o Hildegard la Sedienta. Y ellas no necesitaban una rueca para sacarle la sangre...

Anton se estremeció. Por suerte era pleno día y los vampiros estaban durmiendo; aunque no un sueño de cien años como la Bella Durmiente... Pero hasta que anocheciera no serían ningún peligro para Anton y para su padre. Al contrario, mientras permanecieran dentro de sus ataúdes, los vampiros corrían el peligro de ser descubiertos.

Por ejemplo, por el padre de Anton, que parecía estar deseando llegar al castillo en ruinas.

—Oye, ¿por qué vas tan deprisa? —gruñó Anton. A él le dolían las piernas con cada paso que daba.

Su padre se rió.

—El hombre de la tienda ha picado realmente mi curiosidad con sus historias sobre el castillo en ruinas —dijo.

—¿Qué clase de historias?

—Bueno, pues..., ha dicho que las ruinas estaban directamente unidas con el infierno.

—¿Con el infierno?

—Sí. Y que las criaturas de las tinieblas se levantan por las noches desde el infierno para celebrar en el castillo en ruinas sus horribles fiestas. Habló de reuniones diabólicas y luces flameantes y de horrorosa música de órgano que a veces se puede oír por la noche.

—¿De verdad? —preguntó Anton costándole trabajo permanecer serio.

Criaturas de las tinieblas... ¡Aquella expresión les pegaba bien a los vampiros! Y que por las noches se levantan también era cierto, aunque no del infierno, sino de sus ataúdes. Y la música de órgano la había oído él mismo.

—Y a todo el que se atreve a ir, aunque sólo de cerca del castillo en ruinas, se lo llevan al infierno —continuó diciendo el padre de Anton—. Por lo menos eso afirma el hombre de la tienda —puntualizó.

—¿Y el hombre ha visto también alguna vez a esas., criaturas de las tinieblas? —preguntó Anión.

—No. Dijo que él jamás pondría un pie en el Valle de la Amargura. Pero asegura que llevan

abrigos negros y tienen la cara pálida como un cadáver.

—¿Y te ha contado alguna cosa más?

—Si. Que la reina de las tinieblas en persona ha subido del infierno al castillo en ruinas..., y que desde entonces hay cada vez más habitantes del pueblo que se sienten extrañamente cansados y sin fuerzas —se rió—. Imagínate: la reina de las tinieblas entre los raídos muros..., ¡en medio de nanas, serpientes y murciélagos!

Anton se rio irónicamente.

—¡A lo mejor a la reina le gustan los murciélagos!

Casi habían llegado al otro lado del valle. Ante ellos, en una loma, estaba el castillo en ruinas.

—Quizá deberíamos darnos la vuelta —murmuró Anton, a quien de repente le había entrado un miedo extraño.

—¿Darnos la vuelta? —exclamo su padre con perplejidad fingida—. ¿Es que te da miedo la reina de las tinieblas?

—No —gruñó Anton.

¿Cómo iba a explicarle a su padre que de repente tenía el presentimiento de que les iba a suceder algo malo si intentaban penetrar en los secretos del castillo?

—Po... podrían desprenderse piedras —dijo—. O se podría venir abajo una escalera...

—Seguro que no ocurrirá nada malo —repuso despreocupado su padre—. Y además, ¡nosotros queremos vivir alguna experiencia!, ¿no?

—¡Bajo tu responsabilidad! —advirtió Anton.

Por un pelo

Llegaron a la puerta del castillo, que, sorprendentemente, todavía se conservaba bien, mientras que las murallas, que antaño rodearon a modo de alto y fuerte muro defensivo el castillo, estaban casi derruidas por completo.

Anton rodeó la puerta del castillo y trepó por encima de los resquebrajados restos de muro.

Su padre, por el contrario, pareció encontrar emocionante atravesar la puerta del castillo.

Anton le oyó exclamar desde dentro:

—¡Aquí incluso está todavía el rastrillo de hierro!

Luego se oyó un ruido de cadenas que se arrastraban, un sonido chirriante y un gran estruendo.

—¡Maldita sea! ¡Por un pelo!

Aquella era la voz de su padre.

«¡Típico de papá!», pensó Anton riéndose con ironía.

Pero cuando su padre salió pálido y muy asustado por la puerta del castillo y Anton vio la pesada reja de hierro, que ahora cerraba el paso, la risa se le quedó helada: los puntiagudos barrotes de hierro se habían metido en el suelo hasta una profundidad de varios centímetros. Si hubieran alcanzado a su padre...

—¡Mejor sería que regresáramos! —balbuceó Anton—. ¡Eso ha sido una advertencia!

—¿Una advertencia?

El padre de Anton se sacudió el polvo del pelo, y cuando consiguió quitarse también el susto de encima dijo con una marcada despreocupación:

—Ha ocurrido eso por imprudencia. No hubiera debido tirar de las herrumbrosas cadenas. — Con voz animosa añadió—: ¡Y no pongas esa cara de pena! ¡Nuestra aventura acaba de comenzar!

Anton apretó los labios y no dijo nada. ¿Qué otra cosa podía hacer si era evidente que su padre no estaba dispuesto a dejarse disuadir por nada —ni siquiera por el accidente de la reja— de visitar el castillo en ruinas?

Llegaron a un jardín salvaje. Anton también había estado allí la noche del baile de los vampiros..., junto con Anna. Habían salido al jardín por la gran puerta del edificio principal, y Anton, después del olor a podredumbre que había en el salón de la fiesta, había respirado agradecido el fresco aire nocturno.

Entonces Anna se echó de repente a llorar —¡de pura alegría!— y se marchó corriendo, y una voz oscura le había dicho a Anton desde el jardín: «¡Aquí estoy!».

Con un estremecimiento Anton miró hacia los avellanos. Sí, allí, guarecida en los avellanos, le había estado acechando Tía Dorothee la noche del baile de los vampiros, y que él no se hubiera convertido aquella noche en vampiro tenía que agradecerse a Anton únicamente al valor de Anna y a su rápida intervención. Y aquella noche, después de ponerse el sol, sería Anna quien le estaría esperando en los avellanos...

—¡Bueno, pues ya estamos en el imperio de la reina de las tinieblas! —le oyó decir divertido a su padre—. Sí, sí... Y realmente esto está tenebroso. ¡Pero más bien por lo que se refiere al estado en que se encuentra el castillo! ¡Pensar que estas ruinas fueron una vez un gran castillo con anchas

murallas, adarves y torres de vigilancia!... Y ahora está todo tan venido abajo...

Justo en el momento de decir «venido abajo» se desprendió una piedra del muro del edificio principal y cayó al suelo.

A Anton se le paralizó la sangre en las venas, pero su padre dijo despreocupado:

—¿Lo ves? ¡Eso ha sido la prueba del triste estado en que se encuentra el castillo!

—No, eso ha sido la segunda advertencia —le contradijo Anton.

Su padre se rió.

—¡Anton, tú eres casi tan supersticioso como el vendedor de mapas de Larga Amargura! ¡Yo creo que vamos a tener que hablar de ello con el señor Schwartenfeger!

—Por mí —dijo Anton haciendo rechinar los dientes—. ¡Con tal que desaparezcamos de aquí inmediatamente...!

—No hasta que yo eche un vistazo al interior de este misterioso edificio —repuso el padre de Anton, y añadió—. Además, ¡me interesa saber si entre estos muros hay realmente un órgano!

Diciendo esto, se dirigió a la puerta de entrada y empujó hacia abajo el picaporte, que estaba cubierto de herrumbre. La puerta se abrió con un profundo chirrido.

El padre de Anton se rió.

—Bueno, por esta puerta seguro que no ha pasado nadie desde hace veinte años.

«¡Si tú supieras!», pensó Anton, y titubeando se encaminó a la caja de la escalera detrás de su padre.



Un singular rastro

Era una alta sala en la que no pasaban desapercibidas las señales de la decadencia. El techo tenía grandes agujeros por los que entraba la clara luz del día y el suelo estaba cubierto por una gruesa capa de piedras y escombros. De la alta y elevada escalera que antiguamente conducía a la planta superior solamente quedaban ya los escalones inferiores, y las tres puertas que servían de entrada al interior del castillo colgaban de sus goznes podridas y torcidas.

—Sería mejor que nos fuéramos —dijo Anton— antes de que el techo se caiga del todo.

—¡Espera! —contestó su padre colocándose un dedo en los labios—. ¿No oyes nada?

—¿Qué es lo que tengo que oír?

—Hombre..., en un castillo en ruinas hay que oír ruidos terroríficos: gemidos y quejidos estremecedores..., pesados pasos..., el silbido de los espíritus que pasan volando...

—¿Espíritus?

—Chist... ¡No tan alto! ¡Primero tenemos que averiguar si hay alguien aquí además de nosotros!

—¿Si hay alguien más aquí? —respondió Anton—. ¡Seguro que no!

«Ni siquiera los vampiros», añadió para sí Anton..., cuando, de repente, descubrió un singular rastro. Parecía como si hubieran arrastrado por la escalera un objeto ancho y pesado; por ejemplo... ¡un ataúd!

¡Y aquel rastro conducía directamente a la escalera del sótano!

Sorprendido y confuso, Anton lo siguió con los ojos. ¿No había dicho Anna que los vampiros se habían alojado en una de las alas del castillo en ruinas? ¿No se habrían trasladado entretanto allí, al edificio principal?

En cualquier caso, Anton tenía que procurar que su padre no bajara de ninguna manera al sótano, pues nueve ataúdes en un mismo sitio —y Anton sabía que los vampiros nunca se separaban— haría desconfiar hasta a su padre. ¿Y qué podría pasar entonces?... ¡No, Anton no quería ni imaginárselo siquiera!

Por suerte su padre no parecía atribuir absolutamente ninguna importancia al rastro... O, por el contrario, ni siquiera se había dado cuenta de él. Solamente dijo de buen humor:

—¡Esta escalera tendría que verla la señora Puvogel! ¡Entonces se daría usted cuenta de lo limpia que está siempre nuestra casa!

Anton permaneció serio..., a pesar de que tampoco él podía soportar a la señora Puvogel con su manía de la limpieza. Pero ahora lo único que le preocupaba era pensar en los vampiros... y en cómo se las podía apañar para alejar de allí a su padre.

—Tú..., tú querías ver el órgano, ¿no? —dijo—. Creo que yo sé dónde está.

—¿Tú?

—¡Sí!

Anton se dirigió decidido a la puerta central, pues creía acordarse de que la noche del baile de los vampiros había salido con Anna por aquella puerta.

—Oye, ¿y cómo es que estás tan seguro? —preguntó su padre detrás de él.

—Eh..., me da en la nariz —contestó.

—¿En la nariz? —su padre tosió fuertemente—. ¡Con este mal olor lo mejor sería tapársela!

Realmente la memoria de Anton no le había dejado en la estacada: después de andar un trecho llegaron a una gran sala vacía.

Anton examinó preocupado el suelo sembrado de cascotes..., pero no encontró ninguna huella de arrastre como la de la escalera.

Suspiró aliviado y siguió andando. Al otro extremo de la sala se encontraba la puerta del salón de fiestas.

Durante el baile de los vampiros, a la sombra de aquella puerta, permanecía un horrible vampiro con cicatrices en la cara que miraba con desconfianza a todo el que llegaba. ¡Anton todavía se acordaba bien de cómo había temblado de miedo bajo la inquisitiva mirada del vampiro! Ahora nadie vigilaba la puerta y el salón de fiestas donde habían bailado cien vampiros o más, también presentaba una imagen de abandono. Las negras mortajas ante los huecos de las ventanas, los candelabros con las velas negras, las mesas y las sillas...: nada de aquello estaba ya allí.

Sólo el órgano continuaba aún en la tribuna..., extrañamente imponente con sus artísticas tallas en la madera.

—¡Ahí hay un órgano! —se sorprendió el padre de Anton, y cuando se recuperó de su sorpresa atravesó el salón con pasos rápidos y nerviosos dirigiéndose hacia la tribuna.

Anton esperó junto a la puerta hasta que su padre llegó arriba y desapareció detrás del órgano.

Luego abandonó el salón de puntillas, ¡pues ahora podía estar seguro de que su padre durante la media hora siguiente sólo iba a tener ojos para el órgano! ¡Y Anton podía aprovechar aquel tiempo para ir al sótano y mirar si realmente estaban allí los nueve ataúdes de los vampiros!

Una vez fuera del salón de fiestas, Anton echó a correr. Corrió hasta llegar a la escalera. Y luego, latiéndole salvajemente el corazón, bajó con lentitud las escaleras del sótano...

El pasillo secreto

Las escaleras de piedra que conducían al sótano parecían no irse a terminar nunca. Y cuanto más bajaba Anton, más oscuro estaba. ¡Por suerte llevaba una linterna! Pero aun así, a la luz de la linterna, costaba trabajo ver entre aquellas sombras.

Anton se sentía como si estuviera a mucha profundidad bajo tierra, aislado por completo del mundo..., y cuanto más descendía a la húmeda y fría oscuridad, menos podía imaginarse el cálido y soleado día de primavera que hacía fuera.

Después se acabó por fin la escalera y se encontró en un pasillo bajo en el que olía repugnantemente a podredumbre y a moho. Las paredes estaban húmedas y cubiertas de telarañas. También el suelo estaba húmedo y resbaladizo. Por un momento, Anton sintió deseos de darse la vuelta, pero luego siguió andando con precaución, el haz de luz de su linterna siempre enfocado hacia el suelo por delante de él.

Mientras tanto, pensó en una historia que había leído una vez: trataba de un hombre al que metían preso en un calabozo subterráneo que estaba completamente a oscuras y en cuyo centro había un profundo pozo de agua esperando que él se cayera...

¡No, allí no parecía haber ningún pozo!, constató aliviado Anton.



De repente vio que de una prominencia del muro salía corriendo rápidamente hacia él un animal con una larga cola. Lo examinó y al resplandor de la luz sus ojos fulguraron

fantasmagóricamente. Luego se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad del pasillo.

Anton no tenía dudas de que sólo se trataba de una rata. En un primer momento experimentó una sensación muy extraña, pero luego se dijo que no había ningún motivo para tener pánico, pues, al fin y al cabo, ¡la rata había salido huyendo de él!

Pero ¿de dónde podría haber venido la rata? Detrás del saliente del muro debía de haber al menos un nicho...

Cuando Anton llegó al sitio vio que había una abertura en el muro que estaba bloqueada con piedras.

Por entre aquellas piedras una rata podría colarse fácilmente..., y si se retiraban las piedras a un lado, incluso... ¡un vampiro!

Anton tenía la excitante sensación de que la rata le había desvelado un secreto...

Colocó la linterna en el suelo y luego empezó a quitar las piedras desde arriba. Pesaban mucho más de lo que él había pensado..., pero finalmente lo consiguió. Cogió la linterna y alumbró dentro por la abertura... y descubrió entonces otro pasillo. Aquel pasillo era todavía más bajo y más estrecho que el del sótano. Y mientras Anton se metía por él con una mortal valentía notó, ya después de pocos pasos, que iba por el camino correcto: entre el olor a moho se mezclaba un pesado y dulzón aroma de rosas... ¡El aroma de Muftí Amor Eterno! Tuvo que pensar en lo que Anna le había dicho sobre el Muftí Amor Eterno: haría que ellos ya no se sintieran solos nunca más.

Y qué extraño...: ¡de repente le pareció como si Anna estuviera a su lado!

Así, llegó ante una puerta que parecía estar podrida. Allí terminaba el pasillo.

Anton cogió la linterna con la mano izquierda, respiró profundamente una vez más... y casi le da un ataque de tos. Luego movió el picaporte hacia abajo con la mano derecha.

Los ataúdes de los vampiros

La puerta se abrió con un gemido estremecedor que a Anton le caló hasta los huesos..., pero no pasó nada más. Cuando enfocó hacia la oscuridad con el corazón palpitante, vio una sala abovedada que estaba repleta de ataúdes negros. A pesar de que se había preparado interiormente para ver aquello, un escalofrío le recorrió la espalda.

Cierto era que él ya había contemplado varias veces los ataúdes de los vampiros..., pero siempre sólo por la noche, cuando los vampiros ya se habían marchado volando...

Anton entró vacilante en la húmeda sala, que olía terriblemente a moho, y enfocó la luz de su linterna hacia los ataúdes. Comprobó con alivio que todos ellos estaban cerrados.

Luego iluminó las paredes y el techo. Eran repugnantes las densas telas de araña que colgaban del techo como si fueran velos y las numerosas grietas y hendiduras, en las que seguro que había bandadas de murciélagos.

¡No, Anton se dijo que no debía pensar en ello!

Volvió a dirigir la luz de su linterna hacia los ataúdes... y se quedó helado cuando comprobó que no había nueve, sino sólo ocho. ¡Faltaba un ataúd!

Anton los contó otra vez; en efecto, sólo había ocho ataúdes: seis grandes y dos pequeños. ¡Los dos pequeños eran los ataúdes de los vampiros hijos! Anton suspiró profundamente al pensar que no había ninguna novedad con respecto a Anna y Rüdiger.

Pero ¿de quién era el ataúd que faltaba?

¿Se trataría del ataúd de Tía Dorothee...?

Anton sabía que ella guardaba el tesoro de la familia. ¿Quizá por eso había puesto su ataúd en otra parte del castillo en ruinas, en un lugar aún más inaccesible?

Pero también podía ser el ataúd de Tío Theodor... En el deshabitado ataúd de Tío Theodor había estado una vez el paso hacia la salida de emergencia; así que era posible que los vampiros lo hubiesen dejado en su antigua cripta...

Como por fuera los ataúdes de los vampiros apenas se diferenciaban unos de otros, a Anton sólo le quedaba una forma de averiguarlo: ¡tenía que mirar en todos y cada uno de los seis ataúdes grandes! Sintió que se le ponía la carne de gallina.

«¡Realmente no me puede pasar absolutamente nada!», pensó, intentando infundirse valor. El ya había mirado en otra ocasión, también de día, en el ataúd del pequeño vampiro: aquella vez que Rüdiger estuvo viviendo en el sótano de su casa. El vampiro yacía en el ataúd como un muerto, con los ojos vidriosos mirando fijamente ante sí, y no respondió a ningún estímulo.

Y eso contaban también los libros que Anton había leído: que durante el día los vampiros caían en un sueño parecido a la muerte del que no se les podía despertar con nada. No se despertaban hasta que no se había puesto el sol.

Y era precisamente por este motivo por lo que los vampiros estaban tan amenazados, pues si alguien les descubría durmiendo no podían defenderse ni huir.

Pero Anton no quería hacerles absolutamente nada; sólo echar un vistazo dentro de los ataúdes.

Miró otra vez su reloj de pulsera. Eran las tres de la tarde, así que la puesta de sol se haría esperar aún un par de horas.

Colocó decidido su linterna encima del pequeño ataúd que supuso que pertenecía a Rüdiger. Luego, a la luz de la linterna, comenzó a abrir el gran ataúd que estaba al lado.

Fue un trabajo duro conseguir correr hacia un lado la pesada tapa.

Le asaltó un olor a moho y a polvos antipolillas. ¡Puf! Anton tosió.

Cogió la linterna y, angustiado, dirigió su luz hacia el interior del ataúd.

El grito

Ante él, acostada sobre el terciopelo lila, yacía una pequeña mujer con el pelo blanco como la nieve, recogido en un anticuado moño y con una cara surcada por pliegues y pliegues y arrugas y más arrugas.

Sus ojos grises miraban fijos al frente y sus facciones parecían completamente exánimes. Sólo su boca, con los dientes de vampiro muy blancos y afilados, sonreía durante el sueño...



Era, con seguridad, Sabine la Horrible, la abuela de Anna, Rüdiger y Lumpi, la primera de la familia Von Schlotterstein en convertirse en vampiro, según le había contado Rüdiger.

Junto a ella había en el ataúd un bastón, un bolso negro hecho con perlas, guantes negros, pantuflas de felpa negras y un libro dorado.

Anton se inclinó para leer las letras que había en la gastada cubierta dorada.

«Crónica... de... la... familia... Von Schlotterstein», descifró con alguna dificultad. «Crónica»... ¿No era aquello una especie de diario? En tal caso, ¡el libro tenía que contener revelaciones sensacionales sobre el clan de los vampiros! Anton iba ya a sacar el libro del ataúd cuando, de repente, escuchó una serie de prolongados y espantosos sonidos.

Anton se quedó paralizado del susto.

Poco a poco empezó a comprender que lo que estaba oyendo era solamente el órgano. Al parecer, su padre había conseguido ponerlo en funcionamiento.

Respiró aliviado. Ahora la repulsiva y desfigurada música de órgano le parecía incluso bastante beneficiosa: ¡mientras resonara no debía temer que su padre le sorprendiera allí abajo!

Reunió otra vez todo su valor; luego sacó cuidadosamente del ataúd el libro dorado.

Después de asegurarse de que Sabine la Horrible seguía yaciendo allí tan exánime como antes, abrió la primera página con los dedos temblorosos por la excitación.

Anton vio un papel fino y amarillento, escrito en tinta negra con una letra muy apretada.

Pero ¡qué grande fue su decepción cuando no pudo entender ni una palabra, ni una letra! ¡O se trataba de una escritura secreta..., o de una escritura olvidada hacía mucho tiempo!

Finalmente, Anton tuvo que dejar otra vez el libro dorado en el ataúd sin haber sabido nada de su misterioso contenido. ¡Sin embargo, ahora sabía, a pesar de todo, que existía tal crónica familiar! ¡Y si veía a Anna aquella noche, le pediría que la próxima vez se llevara el libro y le leyera algo!

Volvió a colocar la linterna encima del pequeño ataúd y cerró la tapa sobre Sabine la Horrible. Luego se acercó al siguiente ataúd grande.

Cuando corrió un poco a un lado la tapa e iluminó con la linterna el interior del ataúd vio a una mujer alta y flaca, con los ojos azules muy abiertos mirando inmóviles al vacío.

¡Aquella tenía que ser Hildegard la Sedienta!

Y parecía desde luego sedienta, con su ancha boca y los colmillos muy salientes que chispeaban horriblemente a la luz de la linterna.

Tenía una nariz larga y curvada y unas angulosas facciones que le conferían cierto aspecto de ave de presa. Sus manos, con las uñas larguísimas y pintadas de rojo-sangre, le parecieron garras a Anton... ¡Garras dispuestas para atrapar la presa! Y aquella era la madre de Anna, Rüdiger y Lumpi... ¡Brrr! Anton se estremeció.

Intentó apresuradamente volver a correr la pesada tapa sobre el ataúd..., sin darse cuenta de que todavía tenía la linterna en la mano.

Se le escurrió, se cayó al suelo... ¡y se apagó!

En sólo un segundo, Anton se quedó a oscuras. A su alrededor todo estaba tan negro que no podía ver nada, absolutamente nada.

Y luego el olor a moho, que ahora, en la oscuridad, imaginó que terminaría asfixiándole...

Y encima los horripilantes acordes del órgano.

Anton tuvo la sensación de que iba a desmayarse. Le zumbaban los oídos y estaba completamente mareado.

Pero no: ¡tenía que luchar contra eso! Si se desmayaba ahora, los vampiros le descubrirían en cuanto se despertaran y entonces... ¡Y entonces ya ni Rüdiger ni Anna le podrían salvar!

Anton se pegó un mordisco en el brazo hasta que chilló de dolor. Pero el dolor le sirvió para volver a pensar con más claridad.

Se agachó y buscó a tientas la linterna. ¡Después de todo, aún había una pequeña esperanza de

que no se hubiera roto, sino que solamente se hubieran soltado las pilas!

Cuando sus dedos tocaron el suelo, resbaladizo y frío como el hielo, los retiró bruscamente con asco. Pero Anton apretó los dientes y siguió buscando. Pareció que pasaba una eternidad hasta que las puntas de sus dedos dieron con la carcasa metálica de la linterna.

La levantó y la agitó un par de veces... ¡y milagrosamente volvió a encenderse! El alivio de Anton fue tan grande que durante un momento miró incrédulo y perplejo el claro haz de luz.

Luego se abalanzó hacia la puerta y movió el picaporte con la mano izquierda. En la mano derecha tenía la linterna —¡su posesión más preciada allí abajo!— fuertemente agarrada.

La pesada puerta se abrió despacio, ofreciendo resistencia, y Anton salió corriendo al bajo pasillo.

No se detuvo hasta llegar al pasillo superior del sótano, que era más amplio.

Su corazón palpitaba tanto que parecía que se le iba a salir. Todavía seguía teniendo en la cabeza aquella sensación de mareo.

Pero no podía seguir corriendo por las buenas: primero necesitaba volver a colocar las piedras en la abertura.

Dejó la linterna en el suelo con sumo cuidado y empezó a poner las piedras unas encima de otras. Ahora, al levantarlas, le parecieron todavía más pesadas que antes.

Cuando terminó cayó aterrado en la cuenta de que había olvidado volver a colocar en su sitio la tapa del ataúd de Hildegard la Sedienta...

¡Notó cómo se le ponían los pelos de punta sólo de pensar en tener que descender a la tenebrosa sala abovedada!

¡Pero si no cerraba como era debido la tapa del ataúd, seguro que los vampiros sospecharían! ¡También podría ser, sin embargo, que pensarán que Hildegard la Sedienta se había movido violentamente mientras dormía y había desplazado ella misma la tapa!

Mientras todavía estaba dudando, se interrumpió de repente la música del órgano. En medio del silencio que se produjo, Anton oyó un grito... Un fuerte y dolorido ¡ay!

Y luego otra vez:

—¡Ay!

¡Aquella era la voz de su padre!

Entonces Anton echó a correr por el húmedo y resbaladizo pasillo y subió las escaleras de piedra.

La muerte a caballo

Arriba, en la escalera principal, la clara luz del día fue como un golpe para él y tuvo que cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos con cautela, vio a su padre, que salía por la puerta central. Estaba muy pálido y tenía su mano derecha lejos del cuerpo y extrañamente torcida.

—Papá, ¿qué te pasa? —exclamó consternado Anton.

—Sólo ha sido un tonto accidente —rechazó su padre moviendo los dedos de la mano derecha como si quisiera comprobar si estaban rotos.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Uno de los pedales del fuelle se había atascado y cuando fui a levantarlo otra vez con la mano se me quedó pillada y me aplasté los dedos.

—¿Te los aplastaste?

Anton examinó la mano derecha de su padre. El dedo índice, el corazón y el anular estaban hinchados y amoratados, y las puntas sangraban.

—¡Seguro que eso duele terriblemente!

—¡Bah!... —exclamó su padre—. ¡Pero por eso no tienes tú que desmayarte!

—¿Yo? ¿Desmayarme? —Anton tragó saliva.

—Pareces la muerte a caballo —bromeó su padre—. Pálido como la tiza y cubierto de sudor. ¡Podría pensarse que has sido tú quien se ha aplastado los dedos!

—Ah, ¿sí? —se hizo el sorprendido Anton. Realmente le parecía lo más normal del mundo no tener el aspecto de la vida en todo su esplendor... ¡después de lo que le había pasado en la sala abovedada de los vampiros!

—Además: ¡me asombra que no puedas ver la sangre —prosiguió su padre—, tú con tus sangrientas historias!

—¿Sangrientas historias? ¡No sé de qué me estás hablando! —repuso Anton, aunque había entendido perfectamente a qué se refería su padre.

—¡De tus historias de vampiros!

—Las historias de vampiros no tienen por qué ser sangrientas —repuso Anton muy digno—. ¡Deberías leerle El vampiro: verdad y poesía!

—Quizá durante los próximos días tenga que leer más de lo que quisiera —dijo su padre apretando los labios.

Era evidente que tenía fuertes dolores, pero no quería que Anton lo notara. Con la mano izquierda se sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo de papel y lo enrolló alrededor de sus heridos dedos, que se habían hinchado aún más.

—¡Ven, vamos a regresar a la cueva! ¡Lo mejor será que me eche un rato!

Diario de Amargura

En la cueva, Anton le curó a su padre los dedos con tintura de yodo del botiquín. Mientras lo hacía, contraía el rostro como si estuviese mordisqueando un limón.

—¡Pero esto viene bien! —dijo con voz ronca.

Luego se tumbó sobre el saco de dormir y le pidió a Anton que le leyera el *Diario de Amargura* que se había traído de Larga Amargura por la mañana.

No muy entusiasmado —¡qué podía venir en aquel periodicucho!— Anton abrió el periódico y empezó algo al tun-tun a la luz de su linterna:

«Noticias del Registro Civil. El Registro Civil del Valle de la Amargura confirmó en el período comprendido entre el 26 de marzo y el 12 de abril los siguientes casos personales en el registro...»

Casos... personales... en... el... registro... ¡Aquello sonaba como si alguien hubiera fallecido!, pensó riéndose irónicamente.

Luego continuó con voz uniforme y mecánica:

«Nacimientos: Peter Plunder (Larga Amargura), Eva Kuhhaupt (Corta Amargura).

«Matrimonios: Johann Wolfgang Schiller y Hermine Hackebeil (ambos de Larga Amargura, calle Mayor, n.º 11).

«Fallecimientos: siete.»

¿Siete fallecimientos? Anton sintió un escalofrío. Echó un vistazo rápido a su padre y comprobó aliviado que se había quedado dormido. Seguro que lo de los fallecimientos ya no lo había oído...



Anton salió apresuradamente fuera de la cueva y hojeó el periódico buscando otras informaciones sobre los numerosos fallecimientos. Por fin, en la penúltima página, entre un artículo sobre el Club de Jóvenes Carteros y un informe sobre los cuatrillizos que había tenido una oveja de cabeza negra, encontró unas cuantas líneas muy interesantes:

«Verduras frescas e hígado.

»Según acaba de saber la redacción, el modista en paro Friedhlem W. ha muerto a consecuencia de la fatiga primaveral que padecía desde hacía algunas semanas. Dado que

cada vez hay más personas que se quejan de fatiga primaveral con los característicos síntomas de agotamiento, dolor de cabeza, palidez y anemia, la compañía de seguros de enfermedad de Amargura recomienda a todos los afectados el consumo de frutas y verduras frescas, paseos al aire puro y dormir con las ventanas abiertas. También conviene comer hígado en abundancia.»

¿Frutas y verduras frescas? Anton tuvo que reirse burlonamente. Qué bien que la compañía de seguros de enfermedad pareciera no tener para nada en cuenta el ajo; sin duda sería el único remedio contra aquella forma de «*fatiga primavera*»... ¡Y naturalmente cerrar las ventanas por la noche!

Estuvo pensando si no sería mejor hacer desaparecer el periódico. Pero era bastante improbable que su padre se pusiera a leerlo... ¡Con sus dedos aplastados apenas si lograría sostenerlo! ¡Y en caso de que, a pesar de todo, le echara un vistazo, seguro que no se iba a interesar por «Verduras frescas e hígado»!

El tiempo que quedaba hasta que fuera de noche

Anton pasó el resto de la tarde delante de la cueva. Se comió los tres últimos panecillos y leyó una historia de su nuevo libro. Se titulaba *El chupete* y trataba de un chico que, ya desde que era un bebé, mostraba a diario una llamativa predilección por el color rojo; a los tres años ya sólo dormía en el sótano y únicamente quería alimentarse con zumo de remolacha, y cuando fue al colegio le mordió los dedos a su maestra en la primera hora de clase.

La historia pertenecía más bien al campo de la «poesía» y no al de la «verdad», pues realmente nadie puede venir al mundo siendo ya un vampiro; pero estaba escrita de una forma muy emocionante y entretenida... Tan emocionante que Anton respingó sobresaltado cuando de repente se dio cuenta de que el sol ya estaba muy bajo y se pondría pronto.

Oteó intranquilo el castillo en ruinas. Sus derruidos muros presentaban ante el sol poniente un aspecto terrorífico... ¡Como de pesadilla!

¿Debía realmente ir allí solo y esperar a Anna entre los avellanos tal como habían convenido? Notó cómo su corazón latía más deprisa.

Pero ¿no había podido confiar hasta ahora siempre en Anna? ¡Seguro que también aquella vez cuidaría de que a él no le ocurriera nada!

De todas formas, Anton iba a esperar a que fuera totalmente de noche. Entonces —supuso— casi todos los vampiros habrían echado a volar..., a excepción de Tía Dorothee, que hoy, como le había contado Anna, celebraba su aniversario de vampiro y era por eso completamente inofensiva.

Anton entró en la cueva, encendió su linterna y observó a su padre, que dormía profundísimamente. Tampoco se despertó cuando Anton se sentó en su saco de dormir junto a él, volvió a abrir el libro *El vampiro: verdad y poesía* y empezó a leer.

Para pasar el tiempo que quedaba hasta que fuera de noche Anton leyó otra historia; *Sangrili: Un vampiro en Suiza*. Cuando terminó, tiró a su padre del lóbulo de la oreja: un método seguro para despertarle, como sabía Anton.

Su padre abrió los ojos y preguntó obnubilado:

—¿Qué pasa?

—¡Sólo quería preguntarte si necesitabas algo!

—¿Que si necesito algo? —volvió a cerrar los ojos—. No.

—¿Y qué tal tu mano?

—¿Mi mano? —el padre de Anton suspiró profundamente—. Me duele.

Después de una pausa añadió:

—¡Sé bueno, Anton, déjame dormir! ¡En este momento es lo mejor para mí!

—De acuerdo —dijo Anton, costándole trabajo que no se notara lo estupendo que le venía aquello para sus planes—. Voy a salir un ratito fuera para mirar las estrellas y eso.

Le hubiera entendido o no su padre, el caso es que murmuró un «sí» y Anton pudo salir de la cueva.

Fuera esperó todavía un rato.

Cuando todo quedó en silencio dentro de la cueva, emprendió, temblando interiormente de

emoción, el camino hacia el Valle de la Amargura.

Verdadera amistad

Era el mismo camino que había seguido por la tarde con su padre: pendiente abajo, se cruzaba luego el arroyo y se continuaba a través del fondo del valle, rodeado por pequeñas colinas.

Pero ahora, a la luz de la luna, todo parecía cambiado y extraño. Los árboles se le antojaban a Anton grandes criaturas fantasmagóricas, y tuvo que caminar con cuidado para no tropezar con las raíces de los árboles ni resbalar con las piedras sueltas.

Un par de veces estuvo a punto de encender la linterna, pero no lo hizo..., por miedo a ser descubierto. ¡No debía, de ninguna manera, llamar la atención de los vampiros, que quizá se encontraran todavía en las proximidades! ¡Ni con ruidos sospechosos ni con una luz encendida!

Cuando Anton subió la elevación que conducía al castillo en ruinas y vio la entrada del castillo con su inquietante rastrillo, tuvo que respirar primero profundamente. Su corazón parecía a punto de estallar debido al nerviosismo y la tensión.

Se quedó parado a la sombra de un árbol y miró hacia el castillo en ruinas. ¡Si no supiera que allí arriba le estaba esperando Anna...! Mientras seguía aún pensando en ella, sintió de repente que alguien desde detrás le daba golpecitos en el hombro.

Anton se dio la vuelta como si le hubiera alcanzado un rayo y... vio el pálido rostro de muerto del pequeño vampiro.

—¿Rüdiger? —tartamudeó.

—¡Has sido muy valiente viniendo aquí! —opinó el pequeño vampiro—. Por así decirlo: ¡mortalmente valiente!

—Yo... —dijo Anton luchando por encontrar palabras. Estaba tan confuso que era incapaz de expresar una idea clara—. Yo quería..., yo tenía que...

—¡Ya puedes decir que has tenido suerte encontrándote conmigo —dijo el vampiro con voz ronca— y no con mi abuela!

—¿Sabine la Ho..., Horrible? —tartamudeó Anton.

—¡O con mi abuelo, Wilhelm el Tétrico! —gruñó el vampiro.

—Pero yo pensaba que ya haría mucho que habrían salido volando —murmuró Anton.

—¿Salir volando? —el vampiro examinó a Anton con ojos centelleantes—. ¿No puedes imaginarte lo que ha pasado cuando nos hemos despertado?

—No. ¿El qué?

—¡Mi madre estaba fuera de sí! ¡Y a Tía Dorothee le dio un ataque al corazón!

—¿Un ataque al corazón?

—¡Sí! Y si Anna no se hubiera echado ella toda la culpa, entonces... ¡entonces seguramente habría sonado tu última hora!

—¿Mi... última hora? —repitió temblando Anton.

—¡Por supuesto! ¡Fuiste tú quien estuvo husmeando por nuestra nueva cripta! ¿O no?

—Sss..., sí —dijo quejumbroso Anton.

—¡Vamos, hombre! ¡Cómo has podido ser tan estúpido de dejar medio abierto el ataúd de mi madre! ¡Sabes muy bien que nosotros los vampiros no podemos mover ni un dedo cuando estamos

durmiendo! ¡Así que mis padres han sospechado inmediatamente que en nuestra cripta tenía que haber estado un ser humano!

A Anton se le pusieron los pelos de punta.

—¿Y? —preguntó lleno de miedo.

—Querían recorrer enseguida el Valle de la Amargura para buscarle. Y si Anna no hubiera dicho que había sido ella quien había movido la tapa...

—¿Ha dicho eso Anna?

—Sí. Afirmó que había soñado que el guardián del cementerio, Geiermeier, había venido al Valle de la Amargura. Que había extendido una red negra por encima de la torre del castillo y que en aquella red había atrapado a nuestra madre, Hildegard la Sedita. Y que con ese sueño tan terrible Anna se había despertado y había ido corriendo, temblando de miedo, al ataúd de nuestra madre a ver si estaba allí o no. Que al ver a nuestra madre se había llevado tal alivio que olvidó cerrar otra vez la tapa.

Agotado por el largo discurso, el vampiro guardó silencio.

—¿Que se había despertado? —preguntó asombrado Anton—. ¿Es eso posible para los vampiros?

—Normalmente no —contestó Rüdiger—. Pero Anna alegó que ella sigue —¡brrr!— bebiendo leche. Y que por eso aún no es un auténtico vampiro. ¡Pero, naturalmente, le echaron la bronca! —añadió—. ¡Y se lo merecía!

—¿Le echaron la bronca? —preguntó espantado Anton.

—¡Claro! ¡Mi abuela dijo que era una vergüenza para toda la familia lo mucho que estaba tardando en volverse vampiro!

—¡Pobre Anna! —dijo Anton en voz baja, pensando en que Anna había hecho todo aquello solamente por él.

Ella no quería convertirse en un auténtico vampiro por él... y había, afirmado que había sido ella quien había corrido la tapa del ataúd para protegerle a él...

—¿Cómo dices? ¿Que pobre Anna? —bufó el vampiro—. Parece que yo te doy exactamente igual, ¿no? ¡Podía haberme ahorrado venir hasta aquí!

—No, no —dijo apresuradamente Anton—. ¡A mí..., a mí me parece estupendo que hayas venido!

—¿Estupendo? ¡Si sólo te parece «estupendo», lo mejor será que me marche!

—No, si me parece estupendísimo...; yo... —Anton buscó las palabras apropiadas para aplacar al irritado vampiro—. Yo creo que eso es..., ¡verdadera amistad!

Aquello pareció gustarle al vampiro. Su rostro cobró rápidamente una sonrisa de satisfacción.

—Eso ya suena mejor —dijo halagado, y con una irónica sonrisa añadió—: ¡Sin embargo, Anna da verdadera pena! ¡Como castigo por su olvido tiene que quedarse esta noche con Tía Dorothee haciendo de enfermera!

—¿De enfermera? ¿Tan mal está Tía Dorothee?

—No, si ella ya está..., ejem..., muerta... ¡Lo único que quiere, probablemente, es tener compañía hoy que es su aniversario de vampiro! Seguro que Anna tiene que estar toda la noche

escuchando sus historias sobre Tío Theodor.

—¿Entonces no tuvo un auténtico ataque al corazón?

—¡Quién sabe! —se rió Rüdiger abiertamente con ironía—. Quizá sólo fuera... ¡una congestión sanguínea demasiado fuerte!

—¿Una congestión sanguínea demasiado fuerte?

El pequeño vampiro se rió graznando.

—¡Ya conoces a Tía Dorothee!

—¿Conocerla? —gritó Anton—. ¡No!

—¡Chissst! —le advirtió el vampiro.

Se colocó muy cerca de Anton y le puso en los labios su flaco y gélido dedo índice.

—¿O quieres que te oiga mi madre? ¿O mi abuela?

—Nnn... no —tartamudeó Anton.

—¡Pues entonces!

El pequeño vampiro puso cara de satisfacción.

—Vamos mejor a donde estás tú. ¡Allí podremos charlar con calma!

—¿Dónde estoy yo?

—Sí, a tu bonita casita de tela de la que me ha hablado Anna. ¡Seguro que tus padres se han ido a bailar o al cine...!

—¡No! Yo..., estamos viviendo en una cueva, y mi padre está enfermo...

—¿Enfermo? —dijo el vampiro arrugando las cejas—. ¿No podemos ir entonces?

Anton sacudió la cabeza.

—¡Lo que faltaba! —gruñó el vampiro—. ¡Primero tengo que dejar plantado por ti a mi grupo de hombres, y luego ni siquiera puedo ver tu casita de tela!

—¿Grupo de hombres? —preguntó estupefacto Anton—. No tenía ni idea de que estuvieras en un grupo de hombres.

El pequeño vampiro estiró con orgullo el mentón.

—Sí... —dijo solamente mientras parecía sentirse muy superior.

—¿Y qué es lo que se hace en un grupo de éstos? —quiso saber Anton.

—¿Que qué se hace? —el pequeño vampiro se acarició con un movimiento bastante afectado los largos y enmarañados mechones de su frente—. Esta noche, por ejemplo, figura en el programa jugar a los bolos.

—¿Jugar a los bolos? —repitió incrédulo Anton.

— ¡Sí señor: jugar a los bolos! —le habló en tono imperioso—. ¡Y me apostaría lo que fuera a que tú no tienes ni la más remota idea de cómo se juega a los bolos!

—¡Que te crees tú eso!... —exclamó mordaz Anton—. ¡Yo he jugado a los bolos a menudo!

—¿De verdad? —preguntó el vampiro cambiándole de repente la voz por completo—. Entonces quizá puedas enseñarme un par de trucos.

—¿Trucos?

—¡Sí! Para que yo también sea de vez en cuando el primero... y no siempre Lumpi o Jörg el Colérico.

—¿También ellos están en el grupo de hombres?

—¡Claro! ¡Jörg ha fundado el grupo! Y Lumpi se ha trasladado ex profeso a su casa..., para así tener más tiempo para hablar entre ellos del grupo de hombres.

Anton escuchó con atención.

—¿Lumpi ya no vive en el castillo en ruinas?

—No. Ya hace cuatro semanas que se marchó.

—Ah, era por eso —murmuró Anton. ¡Ahora ya sabía que el que faltaba era el ataúd de Lumpi!

—Si sabes jugar tan bien a los bolos, ¿por qué no te vienes?... —interrumpió sus pensamientos el vampiro.

—¿Que vaya? ¿A dónde? —preguntó Anton.

El vampiro se rió con voz ronca.

—¡A la posada del Paño de Lágrimas! —contestó, y, para sorpresa de Anton, sacó de debajo de su enmohecida capa de vampiro una segunda capa—. ¡Toma, cógela! Te la puedes quedar..., hasta el próximo inventario.

Y como Anton no se puso inmediatamente la capa, exclamó con impaciencia:

—¿Qué pasa? ¡Póntela! ¡Y por el camino me explicarás tus trucos!

Yo quiero seguir siendo como soy

Pero Anton seguía dudando.

—No sé si será una buena idea —dijo.

—¿Por qué no? —exclamó irritado el vampiro—. ¿Es que quieres acaso guardarte para ti los trucos?

—No. Es sólo por Jorg el Colérico. No tengo ni idea de cómo es él... Quiero decir..., ejem..., ¡con los seres humanos!

El pequeño vampiro se rió irónicamente.

—¡Oh!... ¡Es muy «expeditivo»!

A Anton le corrieron escalofríos por la espalda. Pero luego se dijo que probablemente Rüdiger lo único que quería era meterle miedo.

—¡Sabes de sobra que yo no quiero convertirme en vampiro! —declaró—. ¡Y tampoco quiero que me muerdan! ¡Ni tú, ni Anna, ni Jörg el Colérico!... ¡Yo quiero seguir siendo como soy!

—¡Está bien, está bien! —dijo el vampiro como si se tratara de un chiste bueno—. ¿Crees tú que iba yo a permitir que Jörg el Colérico te...? ¿A mi mejor amigo?... ¡No, no; no te preocupes! Sólo tienes que esperar fuera de la bolera..., por si yo necesitara algún consejo.

—¿Esperar fuera? —dijo indignado Anton—. ¡Pero eso es una locura!

El pequeño vampiro se rió entre dientes.

—¡Sí, hay que tener valor para eso!... Además: ¡eso es verdadera amistad!... ¡Bueno, y ahora ponte ya de una vez la capa, que, si no, va a terminar la sesión de bolos antes de que lleguemos!

A regañadientes, Anton se puso la capa de vampiro, hizo un par de movimientos indecisos con los brazos y flotó en el aire. Movié los brazos con más fuerza... ¡y voló!

Sintió un hormigueo en el estómago... y de no haber tenido que pensar en Lumpi y en Jörg el Colérico, hubiera lanzado un fuerte grito de alegría. Pero, así, apretó los dientes y echó a volar detrás de Rüdiger con el corazón palpitándole de miedo.



Al principio parecía como si el pequeño vampiro estuviera volando por el mismo camino por el que Anton y su padre habían llegado al Valle de la Amargura.

Sin embargo, luego torció a la izquierda donde estaba la curva, mientras que a Larga Amargura se iba por la derecha. Sobrevolaron entonces un bosque grande y oscuro.

—¿Queda lejos aún? —preguntó sofocado Anton.

—¿Ya te has cansado? —repuso el vampiro riéndose irónicamente.

—¡No!

—¡Me hubiera extrañado —dijo el vampiro— porqué vuelas ya casi como un auténtico vampiro!... ¡Bueno: también es verdad que tú ya eres casi de la familia! —añadió—. ¡Yo creo que viniste a nuestra cripta porque querías ver por fin a tu..., ji ji..., suegra!

—¡Muy gracioso! —gruñó Anton.

—¿Por qué entonces? —le espetó el vampiro. Al parecer le indignaba que Anton no se hubiera reído de su chiste.

—¿Por qué? —repitió Anton para ganar tiempo. No quería reconocer que había estado preocupado por Anna y por Rüdiger—. ¡Porque quería recuperar mis libros! —afirmó.

—¿Tus libros? —dijo perplejo el vampiro. Durante un momento pareció desconcertado, Pero luego gritó furioso—: ¡Eres el mayor egoísta que me he encontrado jamás! ¡Nosotros, los vampiros, tuvimos que abandonar nuestro cementerio, buscar un nuevo hogar y un nuevo..., ejem..., radio de acción! ¡Y vas tú y piensas en... tus libros!

Anton se rió irónicamente para sus adentros y se quedó callado.

Después de volar un rato en silencio el uno junto al otro, Anton dijo:

—Por cierto..., sí que vi un libro.

—Ah, ¿sí? —se hizo el indiferente el vampiro.

—Sí. Era antiquísimo y tenía la cubierta dorada, y en la tapa ponía: «*Crónica de la familia Von Schlotterstein*».

—¡¿Qué?! —gritó el vampiro—. ¿Has encontrado nuestra crónica familiar?

—Sí, pero, de todas formas, no pude leerla. Es una escritura secreta, ¿no?

—¿Una escritura secreta? Según se mire... ¡Es una escritura que sólo pueden leer los vampiros!

—¿Sólo los vampiros?

—¡Sí, señor! ¡Así es que ya la podrás leer cuando te conviertas en vampiro!

—¡Yo..., yo no quiero leerla! —repuso apresuradamente Anton.

—¿No? —dijo Rüdiger con una voz muy dulce—. ¿No te gustaría saber cómo empezó todo por aquel entonces en Transilvania?

—Sí...

—¡¿Lo ves?! ¡Y eso está todo escrito en nuestra crónica familiar!

—Pero tú podrías leérmelo —propuso Anton—. Las que más me interesan son sobre todo tus historias.

—¿Es verdad eso? —preguntó halagado el vampiro—. ¿Más que las de Anna?

—¡Sí!

—Está bien —dijo afable el vampiro—. Ya veré qué puedo hacer por ti... —Y con su voz normal de vampiro añadió:

—¡Prepárate! ¡Ya hemos llegado!

Aficionados a los bolos

Anton miró sorprendido hacia abajo y distinguió una oscura casa. Estaba situada entre altos árboles y tenía un edificio contiguo alargado y plano. «¡Probablemente, la bolera esté en el edificio contiguo!», pensó Anton sintiendo cómo se le ponía la carne de gallina.

Aterrizaron delante de la casa, que daba la impresión de estar deshabitada y abandonada. Ya no le quedaban cristales en las ventanas y la puerta se encontraba rota, tirada junto a la entrada. Las vacías aberturas, negras y fantasmagóricas, parecían bostezar.

Sólo en la parte larga y plana que había a la derecha, contigua al edificio, vio después Anton una luz que brillaba...

—Esto es confortabilísimo, ¿no? —dijo el pequeño vampiro.

En aquel momento resonó un estruendo ensordecedor que hizo que a Anton le temblara todo el cuerpo.

Luego alguien gritó:

—¡Maldita sea, he vuelto a fallar!

Y una segunda voz contestó con una atronadora y maliciosa carcajada a la que también se unió el pequeño vampiro.

—Ji, ji —se rió entre dientes—. ¡Lumpi ha tirado la bola por el lateral! ¡Voy a ganar yo! ¡Esta va a ser mi noche!

Y mientras le daba a Anton en un costado con su puntiagudo codo haciéndole daño, siseó:

—¡Bueno, ahora dime por fin tus trucos!

—¿Mis... trucos? —murmuró Anton—. Yo..., eh..., primero tengo que ver la bolera y los bolos...

—¡Bien! ¡Entonces deslízate hasta allí y mira por una ventana! ¡Y yo te enseñaré cómo juego a los bolos!

Dicho esto, el pequeño vampiro desapareció en el interior de la casa y siguió andando de puntillas. Por suerte, justo delante de la primera ventana del edificio había un espeso matorral detrás del cual podía esconderse Anton. Apartó cuidadosamente las ramas a un lado y acechó, en temerosa y miedosa espera, el interior de la bolera, iluminada con velas.

Al principio sólo vio la pared desnuda. Pero luego entró en su campo de visión una figura vestida con una capa negra. Era un vampiro calvo que sostenía una gran bola en su mano derecha: Jörg el Colérico.

Anton hasta entonces nunca le había visto de cerca y se asustó de las poco atractivas facciones de la cara del vampiro.

Tenía una nariz chata como la de un bóxer, labios carnosos y un mentón saliente de aspecto brutal.

«¡A ése preferiría no encontrármelo a la luz de la luna!», pensó Anton sintiendo que un escalofrío le corría por la espalda.

Sin embargo, lo que sucedió inmediatamente después fue tan cómico que a Anton le costó trabajo permanecer serio: Jörg el Colérico flexionó la rodilla e inclinó hacia atrás su brazo

derecho con la gran bola para tomar impulso. ¡Aquella —Anton tuvo que morderse los labios para no echarse a reír en alto— era exactamente la postura que se pone en el lanzamiento de peso, pero nunca para tirar a los bolos!

Entonces Jörg contó:

—Tres, uno, cero.

Al decir «cero» lanzó la bola. Volvió a resonar aquel terrible estruendo que sonaba como si se fuera a hundir la bolera.

Pero con la fuerza que tenía un vampiro...

Al estruendo le siguió un ataque de furia:

—¡Mierda! ¡Sólo he tirado uno!

Anton se rió por lo bajo. ¡De nueve bolos tirar sólo uno era casi una obra de arte!

Entonces Lumpi pasó como una flecha al lado de Jörg el Colérico... ¡Probablemente para coger la bola!



Durante un rato, Anton no vio nada más que la sucia pared blanca de la bolera que tenía enfrente, hasta que Lumpi volvió a aparecer. En su ancha y peluda mano llevaba la bola. Anton se

estremeció al observar sus largas y afiladas uñas.

Al parecer, Lumpi tampoco tenía ni la más remota idea de cómo se juega a los bolos. Se puso como en el balonmano, levantó el brazo izquierdo y lanzó con todas sus fuerzas. Anton oyó un estrépito y luego Lumpi gritó fuera de sí, lleno de alegría:

—¡Dos! ¡He tirado dos bolos!

—¿Sólo dos? —contestó una voz ronca, y entonces apareció en escena el pequeño vampiro—. ¡Yo tiraré tres!

—¿Tú? —dijo Lumpi riéndose con desdén.

—Sí, ¿por qué no? —repuso Rüdiger.

Desapareció en la parte delantera del edificio y regresó con la bola en la mano.

—¡Eh, no os pongáis en medio! —les espetó a Lumpi y a Jörg el Colérico.

Le hicieron sitio a regañadientes.

—¡Hoy te sientes muy fuerte, hermanito! ¿No? —gruñó Lumpi.

Rüdiger se rió irónicamente y levantó los dos brazos. Luego sostuvo la bola por encima de la cabeza como si fuera a hacer un saque de banda en el fútbol.

«¡No!», quiso gritarle Anton..., pero en el último momento, sobresaltado, se tapó la boca con la mano. Y luego vio, bastante desconcertado, cómo el pequeño vampiro hacía retumbar literalmente la bola contra el suelo. Sonó un estrépito aún mayor que con el lanzamiento de Lumpi, y los muros maestros de la bolera parecieron tambalearse.

—¡Imbécil! —oyó Anton que gritaba indignado Lumpi—. ¡Ahora hay otro agujero en la pista!

—¡Y tampoco ha tirado ninguno! —exclamó Jörg el Colérico riéndose taimadamente.

La cara de Rüdiger estaba teñida de color rojo oscuro.

—¡Esperad y veréis! —balbuceó furioso—. Ahora voy a darme fuera un par de vueltas corriendo y vais a ver lo más extraordinario de toda vuestra vida.

—¿Lo más extraordinario de toda nuestra vida? —repitió burlándose de él Jörg el Colérico—. ¡Huy, siento ya una enorme curiosidad, Rüdi!

¿Rüdi? Anton tuvo que reírse irónicamente.

—¡Lo más extraordinario de vuestra vida, sí señor! —corroboró el pequeño vampiro, y con la cabeza muy alta abandonó la pista de bolos.

El «secreto»

Anton vigiló la posada y descubrió una pequeña figura que se acercaba rápidamente y sin hacer nada de ruido: ¡Rüdiger!

El vampiro se detuvo ante él y de una manera todavía más descortés de lo que en él era habitual, le siseó a Anton:

—¿Qué, has visto ya todo lo que querías ver?

—Yo... —empezó a decir Anton. ¡No podía permitir de ninguna manera que Rüdiger se diera cuenta de que se había divertido de lo lindo mirando!

Y, además, seguro que a Rüdiger le resultaba extraordinariamente penoso que Anton hubiera visto su derrota. ¡Sin duda que sólo por eso había gritado tanto!

Y como Anton no quería irritarle aún más, dijo:

—¡Creo que sé qué es lo que hacéis mal vosotros!

El pequeño vampiro aguzó el oído.

—¿Nosotros? ¿Lumpi y Jörg también?

Anton asintió con la cabeza.

—¡Sí, los tres!

—Los tres... —repitió el vampiro rechinando los dientes.

Echó un vistazo al interior de la bolera, donde Lumpi y Jörg el Colérico, cabeza con cabeza, cuchicheaban entre ellos.

—Lumpi y Jörg también hacen algo mal... —dijo en voz baja como si se lo estuviera diciendo a sí mismo... Y como si hubiera tenido una repentina revelación, apareció en su cara una ancha sonrisa irónica.

—Si todos hacemos algo mal... y tú me cuentas sólo a mí el qué —añadió excitado—... ¡entonces el único que podrá ganar seré yo! ¿O no? —preguntó a Anton confuso por tanta reflexión.

—Sí —confirmó Anton.

—¿Y qué es lo que hacemos mal? —preguntó el vampiro casi soltando un gallo.

Anton se rió burlón.

—No hay que tirar la bola ni lanzarla. Hay que...

Entonces hizo una pausa significativa antes de desvelar con voz susurrante el secreto, que realmente no era tal:

—¡Hay que hacer rodar la bola!

—¿Hacerla rodar? —dijo el vampiro con ojos abiertos de incredulidad.

Entonces empezó a pasarse la lengua por las comisuras de los labios y con un nerviosismo apenas contenido exclamó:

—¡Eso es exactamente lo que yo siempre he querido hacer! ¡Pero Jörg el Colérico, ese sabelotodo, se empeña en saber más que nadie! Afirma que «bolos» viene de «volar»... y dice que por eso hay que hacer volar la bola por los aires. ¡Bah, qué estupidez! ¡Espera, que le voy a enseñar yo!

Giró sobre sus talones y sin preocuparse más de Anton regresó corriendo a la posada.

Bola, vuela

Inmediatamente después, el pequeño vampiro apareció en la bolera... con una irónica sonrisa triunfal como si ya fuera el ganador.

—¡Mira, tu hermano pequeño está aquí otra vez! —observó Jörg el Colérico.

—¿Dónde? —preguntó Lumpi mirando hacia arriba, hacia el techo.

—¡Ahí, delante de ti! —contestó Jörg dándole un golpe amistoso a Lumpi.

—¡Ah, sí! —se hizo el sorprendido Lumpi—. Pero el pobre parece que está completamente hecho polvo. ¿Tan agotadora ha sido la carrera?

El pequeño vampiro prefirió hacer como si no hubiera oído el comentario de Lumpi.

—¿Jugamos otra partida? —propuso.

—¿Otra más? —preguntó Jörg el Colérico cambiando una mirada divertida con Lumpi—. Bueno, está bien —dijo—. ¡Echaremos la última partida por ser tú! ¡Pero yo lanzaré el primero! —determinó.

A Anton le costó mucho trabajo reprimir la risa cuando vio que Jörg el Colérico adoptaba otra vez su postura de lanzamiento de peso. Lo único que aquella vez inclinó aún más la rodilla y lanzó la bola por el aire con un fuerte «¡u... aah!».

Pero fue en vano: se produjo el estrépito y luego se oyó el grito furioso y decepcionado de Jörg el Colérico, que al parecer había tirado la bola a un lado.

Ahora le tocaba el turno a Lumpi. Puso cara seria y concentrada mientras balanceaba la bola en la mano izquierda completamente levantada. Antes de tirar dijo:

—¡Bola, vuela, para que Lumpi venza!

Pero aquello tampoco le sirvió de mucho. Tras un golpe que hizo un ruido terrible, Anton le oyó maldecir:

—¡Cómo! ¿Sólo uno? ¡Eso no puede ser verdad!

—¡Pero sí lo es! —dijo el pequeño vampiro riéndose entre dientes—. ¡Y también es verdad que vais a ver enseguida al mejor jugador de bolos del año!

Dicho aquello se puso en cuclillas, colocó la bola en el suelo y la echó a rodar de un fuerte empujón.

Anton se mordió la lengua para no reírse. ¡Muy hábil no había parecido la forma en que el vampiro, con su ridícula postura de rana, había lanzado la bola!



Tanto más sorprendente fue lo que ocurrió a continuación. Durante un momento sólo se oyó el traqueteo que hizo la bola sobre la pista agujereada y llena de baches; luego se oyeron varios golpes y Rüdiger soltó un grito de alegría.

—¡Seis, seis, seis! —exclamó con júbilo.

También a Anton le dio un salto el corazón de la emoción y de la alegría.

—¡Seis de una tirada! —exclamó el pequeño vampiro saltando a la pata coja con una y otra pierna—. ¡Aquí está la victoria!

—¿La victoria? —repuso Jörg el Colérico con un gesto de desprecio—. Jugando a las canicas, quizá..., ahí sí se hace rodar la bola. ¡En los bolos sólo gana el que hace volar la bola por el aire!

—¡Exactamente! —aprobó Lumpi.

—¡Eso no es cierto! —les contradijo iracundo el pequeño vampiro—. ¡Hay que hacer rodar la bola!

—¿Rodar la bola? —repitió Jörg el Colérico riéndose burlescamente—. ¿Y cómo sabes tú eso así tan de repente?... ¿Eh, monicaco rodante?

—¡Porque lo sé! —repuso el pequeño vampiro... sorprendentemente imperturbable, según le pareció a Anton.

Pero, después de todo, el pequeño vampiro tenía razón: ¡él había ganado!

—¡Además, habíamos acordado que cada uno podría tirar a los bolos como quisiera!

—Acordado —le hizo burla Jörg el Colérico. Al parecer no se le ocurría nada más que pudiera objetar—. Ven, larguémonos —le dijo a Lumpi.

—Sí, larguémonos —asintió Lumpi—. Aquí sólo se hacen trampas.

—¡Vosotros sí que hacéis trampas! —exclamó el pequeño vampiro—. ¡Porque no sabéis perder!

—¿Nosotros? —dijeron Jörg el Colérico y Lumpi al unísono mirándose con fingida perplejidad.

—Tu hermanito está hoy muy nervioso —dijo Jörg el Colérico—. ¡Un auténtico manojito de nervios!

Se rieron burlescamente y se dispusieron a irse.

—¡Vosotros sí que sois manojos! —les gritó Rüdiger—. ¡Manojos de marca mayor!

—¡Manojos de marca mayor!... ¡Qué tierno! —oyó Anton que decía Jörg el Colérico riéndose irónicamente—. ¡Lumpi: aquí te nombro vicermanojo de marca mayor mío!

Siguió una estruendosa carcajada y luego se cerró una puerta.

El pequeño vampiro apretó los puños.

—¡Mamarrachos! —siseó desapareciendo hacia la puerta de delante de la bolera, donde tenía que estar la bola.

Leo el valiente

Anton se agachó aún más en la profundidad de la sombra del matorral y observó lleno de inquietud la entrada de la posada. No tardó mucho en ver salir del oscuro edificio a Jörg el Colérico y a Lumpi.

Su corazón palpitó lleno de miedo..., pero los dos ni siquiera pusieron sus ojos en los alrededores. Ahora que estaban tan unánimemente unidos en contra de Rüdiger se hablaban el uno al otro en voz alta y excitada.

—¡Ja, tu Leo! —exclamó Lumpi—. ¡Él tampoco es infalible!

—¡¿Cómo dices?! —jadeó furioso Jörg el Colérico—. ¿Te atreves a llamar mentiroso a mi amigo de la infancia, Leo el Valiente, que el pobre murió demasiado pronto?

—¡Yo no he dicho eso! —se defendió Lumpi—. ¡Pero podría haber entendido mal eso de que «bolos» viene de «volar»!

—¡Entender mal! —tronó Jörg el Colérico—. ¡Si mi amigo de la infancia Leo el Valiente me asegura que «bolos» viene de «volar», puedes apostar que comes ajo que es verdad!

«¡Mejor no!», pensó Anton.

Lumpi carraspeó.

—¡Bueno, pero podríamos probar lo de echarla a rodar!

—¡¿Qué?! ¿Quieres que traicione (¡Drácula le tenga en su gloria!) a mi compañero de juventud? ¡Nunca jamás!

Anton vio con alivio cómo se hacían cada vez más pequeños..., hasta que el cielo nocturno se los tragó.

— ¡Jörg y su estúpido Leo! —dijo de repente a su lado una voz ronca.

Anton se dio la vuelta asustado, pero no era más que el pequeño vampiro, que se había deslizado hasta él sin que se diera cuenta.

—La próxima vez, Jörg también tirará rodando la bola. ¡Y entonces afirmará que eso ya lo había dicho hace cien años Leo el Valiente! —gruñó el vampiro—. ¡Y, sin embargo, la idea de tirar rodando fue mía!

—¿Tuya? —inquirió mordaz Anton.

—No discutamos por cosas sin importancia —repuso muy digno el vampiro—. ¡Mejor vamos a celebrar mi victoria!

Anton apretó los labios furioso y no dijo nada. Ciertamente no esperaba que Rüdiger le diera las gracias..., ¡pero que ahora tergiversara los hechos no era ni una pizca mejor que el comportamiento de Jörg el Colérico!

...Lo que puedas conseguir hoy

Al parecer, el vampiro se dio cuenta de que aquella vez había ido demasiado lejos, pues de una forma acentuadamente amable dijo:

—¡Si quieres, te leeré algo de nuestra crónica familiar para celebrar la victoria!

—¿Lo harías? —preguntó Anton, y con aquella tentadora oferta hasta se le olvidó su indignación con el pequeño vampiro.

—¡Claro! ¡Por ejemplo, mañana por la noche!

—¿Mañana por la noche?

—¿Has olvidado que Tía Dorothee celebra hoy su aniversario de vampiro...?

—Ah, es verdad.

—¿Lo ves? ¡Yo soy así! —dijo el vampiro con voz ronca—. Yo siempre pienso en ti... ¡para que no te ocurra nada!

Al decir aquello miró de reojo el cuello de Anton y se pasó la lengua por sus gruesos labios, que parecían exangües.

—Tendría que coger fuerzas —murmuró—. Me siento tan raro...

Con un escalofrío Anton se dio cuenta de que el vampiro todavía no había podido..., ejem..., comer nada, pues nada más ponerse el sol había ido a buscarle a él.

—Te... tenemos que quedar para mañana —dijo apresuradamente—. Ahora debo volver con mi padre.

—¿Así, tan de repente? —repuso el vampiro—. ¡Pero si querías que te leyera algo de la crónica familiar!

—Mi padre tiene fi... fiebre —tartamudeó Anton—. Quizá me necesite.

—Ah, ¿sí? Y si te necesito yo, ¿qué? —resopló el vampiro—. ¡Hablas de amistad verdadera y ahora que la puedes poner en práctica buscas pretextos!

—Yo..., me tengo que ir —dijo Anton. Como siempre que se trataba de las costumbres culinarias del pequeño vampiro, sintió un profundo malestar—. ¿Nos vemos mañana entonces? —preguntó con voz apocada.

—Mañana, mañana —gruñó el vampiro—. ¡No dejes para mañana lo que puedas conseguir hoy!... ¡Es un viejo refrán de los vampiros!... Está bien —dijo luego—. Mañana, en cuanto se haya puesto el sol, en las ruinas del castillo.

—¿No podríamos encontrarnos en otro sitio? —dijo temeroso Anton. Pensó en Tía Dorothee... y en que a la noche siguiente volvería a salir...

—¿Cómo que en otro sitio?

—En la carretera, por ejemplo; donde está la desviación a la derecha para Larga Amargura.

—¡Por mí!... —contestó el vampiro—. ¡Bueno, y ahora déjame pasar! —añadió de mal humor—. ¡Si no, todavía se me va a olvidar que soy Rüdiger el Tierno!

Pasó rudamente al lado de Anton y extendió los brazos bajo la capa.

Anton se quedó mirando cómo se iba de allí volando y sintió incluso un alivio, pues un vampiro muerto de hambre no era una compañía muy grata... ¡Y menos todavía si el vampiro

tenía ideas bastante peculiares sobre «amistad verdadera»!

Luego, Anton regresó solo volando al Valle de la Amargura y aterrizó ante la Cueva del Lobo. Tras esconder la capa de vampiro en una grieta de la roca se deslizó al interior de la oscura cueva.

A la luz de su linterna comprobó, respirando con alivio, que su padre estaba profundamente dormido; lo único que tenía la cara húmeda y brillante y parecía acalorado.

Pero Anton estaba ahora demasiado cansado como para preocuparse por ello. Se metió en el saco de dormir, apagó la linterna... y se quedó dormido enseguida.



Un llorica

Cuando Anton se despertó a la mañana siguiente, la luz entraba por la salida de la cueva, que estaba abierta. Oyó que su padre tosía fuera, delante de la cueva; luego sonó algo que parecía el ruido que se hace al hojear un periódico.

Anton se levantó y salió. Su padre estaba sentado en la hierba. En sus rodillas tenía un periódico abierto y a su lado había una bolsa de panecillos.

¿Habría estado ya acaso en Larga Amargura? ¡Sí, eso parecía porque la bicicleta se encontraba apoyada en un árbol distinto al de la noche anterior!

—¡Hola, papá! —exclamó—. ¿Ya estás mejor?

Su padre volvió la cabeza y sonrió..., aunque algo atormentado.

—¿Mejor? —dijo—. No, la verdad es que no.

—Pero si te has ido de compras, ¿no?

—Sí; pensé que en Larga Amargura tendrían una farmacia —contestó su padre—. ¡La pomada del botiquín de viaje no ha servido realmente de mucho!

Como prueba levantó su mano derecha.

Anton se asustó. Los tres dedos que se había pillado se le habían puesto morados.

—¿Y qué? —preguntó—. ¿Has encontrado una farmacia?

—No, pero he llamado por teléfono a mamá. Vendrá aquí si los dolores no cesan.

—¡¿Qué?! —gritó Anton—. ¡¿Va a venir mamá?!

Su padre intentó reírse.

—¡No quiero imaginarme qué pasaría si fueras tú quien tuviera esta magulladura! ¡Seguro que te querrías ir a casa inmediatamente!

—¿A casa? —Anton tragó saliva—. ¿Significa eso que quieres...?

—Yo no quiero en absoluto —repuso su padre—. ¡Bueno, no te quedes ahí como un llorica! —añadió guaseándose de él—. ¡Todavía estamos en el Valle de la Amargura! ¡Mejor sería que pensáramos qué podemos hacer hoy a pesar de mi mano herida!

Pero, naturalmente, sus posibilidades de hacer algo eran bastante limitadas.

Después del desayuno —aunque «desayuno» ya no era ni mucho menos el término más apropiado, pues el reloj de Anton marcaba las once y media— bajaron al arroyo y estuvieron pescando.

Sin embargo, sólo picó un pez pequeño y Anton lo volvió a echar al agua.

Más tarde se sentaron delante de la cueva y Anton le leyó a su padre el libro del vampiro.

Leyó *El chasquido en la tumba*, y mientras la historia se aproximaba a su clímax y el corazón de Anton latía cada vez más deprisa, su padre luchaba contra un cansancio creciente.

Cuando Anton llegó al pasaje en el que la tapa del ataúd se abre lentamente y todos los que están alrededor de la tumba oyen aquel terrible chasquido, hizo una pausa para aumentar más la tensión... y entonces, para perplejidad suya, se dio cuenta de que su padre estaba a punto de quedarse dormido.

—¿No te gusta la historia? —preguntó.

—Sí, sí, es muy entretenida —contestó su padre con voz adormilada—. Sobre todo cuando los niños al comer hacen siempre chasquidos con la lengua.

—¿Niños? —dijo perplejo Anton. ¡En la historia no salía ningún niño! Al parecer, su padre no se había enterado prácticamente de nada de la historia. ¿Sería debido aquello a las pastillas contra el dolor que se había tomado hacía un rato?

—Pero ahora prefiero irme a dormir —dijo el padre de Anton levantándose—. ¡Esta noche podrás contarme cómo acaba!

—¡Lo haré!

Anton asintió, y con un sentimiento de preocupación vio desaparecer a su padre dentro de la cueva.

«¡Quizá, después de todo, no sea tan malo que venga mamá!», pensó Anton. Aunque si por él fuera... ¡podía esperarse tranquilamente un par de días!

Sentimientos de culpabilidad

Como Anton había esperado, por la noche su padre ya no preguntó en absoluto por el final de la historia. Sólo se frotó sus dedos magullados con la pomada del botiquín de viaje y se volvió a acostar.

En cuanto se quedó dormido, Anton salió sin hacer ruido. Tapó la entrada de la cueva y miró angustiado a su alrededor. Brillaba la luna y su mirada se sintió atraída como un imán por los derruidos muros del castillo, que se perfilaban en el cielo nocturno. ¿Habría salido ya Tía Dorothee? Seguro que sí, porque el día anterior —su aniversario de vampiro— tenía que haber pasado hambre...

¡De todas formas, se alegraba de que aquella noche pudiera permanecer lejos del castillo en ruinas!

Sacó del nicho de la roca la capa de vampiro y sacudió cuidadosamente el polvo.

Después de algunas vacilaciones decidió ir mejor a pie. Sencillamente: sobre la tierra se sentía más seguro... ¡y además los altos árboles le protegían de ser descubierto! Sin embargo, a pesar de ello, se puso la capa —¡por si acaso!— y echó a andar.

Cuando Anton terminó de atravesar el bosque de abetos observó que al otro lado de la carretera había una pequeña figura oscura que salía de la sombra de los árboles.

Ya iba a exclamar alegremente «¡Rüdiger!» cuando se dio cuenta de que también podía ser Anna, pues con sus capas negras, sus pálidos rostros, sus largas y alborotadas melenas, los leotardos negros y los zapatos de tela era casi imposible distinguir desde lejos a Anna de Rüdiger.

Sin embargo... ¿Anna no llevaba puesto la última vez que se vieron un sombrero con velo y medias de seda y botines? O sea, que sí había algo en favor de que fuera Rüdiger.

Anton observó intrigado cómo la figura se acercaba lentamente..., hasta que se quedó parada a un par de pasos de él.

Anton vio entonces su pequeño rostro blanco como la nieve, con la boca redonda y los grandes y brillantes ojos; y olió el pesado y dulzón aroma de «Muftí Amor Eterno».



—¡Anna! —balbuceó.

—Hola, Anton —contestó con una voz irónica que a él le resultaba completamente extraña. El frío saludo de ella acentuó aún más sus sentimientos de culpabilidad.

—Seguro que estás furiosa conmigo —empezó a decir temeroso.

—¡Muy furiosa! —confirmó ella.

—Yo..., lo lamento..., lo de la tapa del ataúd.

—¡¿Qué?! —gritó Anna—. ¿Es eso lo único que lamentas?

—¡No! —dijo Anton sorprendido por la firmeza de ella—. Naturalmente, también que tuvieras que estar toda la noche sentada junto al ataúd de Tía Dorothee.

Ella le miró con los ojos relampagueantes de ira.

—¡Eso no es, ni mucho menos, todo lo que me hace estar furiosa! —le bufó.

—¿Qué más entonces? —preguntó confuso Anton.

—¡Ja! ¡Que tú te colaste de día en nuestra cripta y viste cómo tengo que yacer yo, tiesa y rígida, durante mi... sueño de vampiro!

—¡Yo no miré en tu ataúd! —aseguró Anton. De repente comprendió qué era lo que más le tenía que haber molestado a Anna: suponía que él la había visto en su ataúd en un estado similar al de un muerto. Y para ella, que ponía tanto empeño en no convertirse en vampiro, aquello era peor que el castigo que se había llevado por él...

Anton se dio cuenta de que tenía razón al pensar aquello por la expresión de perplejidad que mostraba la cara de ella.

—¿No? —preguntó parpadeando incrédula—. ¿De verdad que no has visto cómo yacía en ese repulsivo trasto de ataúd?

—¡No!... Y además: ¡nunca miraría dentro de tu ataúd si tú no me hubieras dado permiso antes! —añadió astutamente Anton.

—¿De veras?

Un asomo de sonrisa se deslizó hacia su rostro, pero aún seguía desconfiando.

—¿Y por qué miraste dentro del ataúd de mi madre? —preguntó.

—Porque sólo había seis ataúdes grandes y no siete —explicó—. ¡Y entonces quise saber de quién era el ataúd que faltaba!

—¡En cualquier caso, cometiste un error enorme viniendo de día a nuestra cripta! —dijo en tono de reproche Anna—. ¡Pero que encima estuvieras tan... muerto de cansancio como para no cerrar otra vez como era debido la tapa del ataúd!

Ella inspiró y expiró violentamente.

—¡Si no hubiera afirmado que me había despertado y yo había corrido a un lado la tapa del ataúd, tu vida ya no estaría segura aquí, en el Valle de la Amargura!

A Anton le entraron temblores.

—Lo sé —dijo quejumbroso—. Rüdiger me lo ha contado.

—¡Y nosotros, Rüdiger y yo, habríamos tenido horribles dificultades! —añadió quejándose—. ¡Quizá nos hubieran enviado con algunos parientes! ¡Quizá a... Australia!

—¿A Australia? Eso sí que sería terrible... ¡Tan lejos! ¡Entonces ya no habríamos podido

vernos más! —dijo consternado Anton.

—¿A ti te importaría que no pudiéramos vernos más? —preguntó Anna mirándole llena de esperanza.

—Sí, naturalmente —dijo sintiendo cómo se ponía rojo.

Pero también Anna se puso colorada, y con voz tierna declaró:

—¡No vuelvas a cometer nunca la imprudencia de ir de día a nuestra cripta! Así podremos volver a vernos cien veces; no: mil veces; no: ¡cien mil veces!

Anton asintió con la cabeza... muy aliviado, pues al parecer Anna ya no estaba enfadada con él.

Si esto no acaba mal

—¡Y ahora ven! —dijo ella—. ¡Seguro que Rüdiger ya está impacientísimo!

—¿Rüdiger? —murmuró. Durante la conversación con Anna casi se había olvidado del pequeño vampiro—. ¿Y dónde está?

—Ha dicho que te esperaba en la capilla del castillo... para una sesión de lectura.

—¿Para una sesión de lectura? —Anton notó cómo se aceleraban los latidos de su corazón.

—Yo, de todas formas, no tengo ni idea de qué es lo que quiere leer —dijo Anna—.

Probablemente sean historias de ese estúpido... ¡grupo de hombres!

—¡No lo creo! —repuso Anton mordiéndose los labios para no reírse.

—¿Por qué? —dijo sorprendida Anna—. ¿Es que sabes lo que va a leer?

—Yo...

Anton titubeó. Seguramente Rüdiger había tenido razones para no desvelar a Anna de qué libro se trataba.

Por otra parte... ¡Anna había hecho tanto por él que ahora no quería tener secretos para ella!

—Me ha prometido leerme cosas de la crónica familiar —explicó.

—¡¿Qué?! ¿De nuestra crónica? —dijo espantada Anna—. ¡Uy, si esto no acaba mal!...

—¿Acabar mal? —la voz de Anton tembló—. ¿Pa... para mí?

—Sobre todo para Rüdiger —contestó Anna—. ¡Ya sabes lo que pasó cuando Tía Dorothee descubrió que él mantenía relaciones amistosas contigo, que eres un ser humano!

Anton asintió con la cabeza. En aquella ocasión el pequeño vampiro había sufrido una «prohibición de cripta», y sin saber qué hacer se había instalado en el sótano de Anton.

—¡Démonos prisa! —dijo Anna— ¡para ver a Rüdiger antes de que mi abuela, Sabine la Horrible, se dé cuenta de que falta la crónica!

—Pero... ¿no hace ya mucho que tus familiares han emprendido el vuelo? —preguntó turbado Anton.

—¡Esperemos que sí! —respondió Anna.

Con aquellas palabras se elevó en el aire y se alejó tan aprisa que Anton tuvo dificultades para seguirla. Hasta que no llegaron a la puerta del castillo no redujo Anna la velocidad de su vuelo y se volvió hacia Anton.

—¡Espera aquí! —susurró.

Luego siguió volando. Anton aterrizó junto a la puerta. Muy pegado al muro, se quedó de pie acechando los ruidos que había a su alrededor, que, como estaba solo, sonaban inquietantes y hasta amenazadores. Ahora incluso el suave crujido de una rama le hacía encogerse espantado.

Cuando por fin vio regresar a Anna se sintió a salvo.

—La cripta está vacía —le contó susurrando—. ¡Han salido todos!

—¿Rüdiger también? —preguntó desconcertado Anton.

—¡No! ¡Está sentado en la capilla del castillo leyendo nuestra crónica familiar! ¡Y encima con la iluminación de las ceremonias! ¡Increíble!

—¿Iluminación de las ceremonias?

—Sí, imagínate: ¡ha encendido por lo menos quince velas! Y está terminantemente prohibido desperdiciar nuestras valiosas velas. Espera y verás: a éste le voy a cantar yo las cuarenta... Maneja nuestra crónica con tal ligereza..., malgasta las velas...

Anna resolló indignadísima y agitó sus pequeños puños.

—¡Vamos, Anton, sígueme!

En primer lugar, en segundo lugar, en tercer lugar... y en cuarto lugar

Rodearon volando la torre del castillo y aterrizaron ante una vieja muralla cuyas quebradizas paredes estaban cubiertas de vegetación. Una luz clara salía al exterior a través de las pequeñas ventanas enrejadas.

—¿Esa es la capilla del castillo? —preguntó susurrando Anton..., aunque viendo las ventanas iluminadas aquella pregunta realmente sobraba.

—¡Sí! —dijo Anna, y con gesto furioso y decidido se dirigió hacia la puerta de entrada.

—¡Espera! —exclamó Anton.

—¿Qué pasa ahora? —repuso Anna deteniéndose.

—Yo..., lo de la crónica familiar y que Rüdiger me la fuera a leer...

Anton se interrumpió.

—¿Sí?

Ella le miró con gesto interrogante.

—¡No le digas a Rüdiger que yo te lo he contado todo! —rogó.

—Claro que no —contestó ella impaciente.

Luego, con un violento movimiento que reflejaba todo su rencor hacia Rüdiger, abrió de un tirón la puerta y entró marcialmente en la capilla.

Anton la siguió titubeando, con un angustioso presentimiento. Esperaba que no hubiera una pelea seria entre Anna y Rüdiger.

Pero su esperanza no pareció ir a cumplirse. Apenas entró en la capilla oyó la voz de Anna hablando en alto y en tono de reproche.

—¡Imbécil, cabeza hueca! —le insultó—. ¿Es que te crees que estás tú solo en el mundo? ¡Como te pille Tía Dorothee, estamos todos apañados: tú, yo y también Anton!

Anton se refugió lleno de miedo en el ángulo oscuro que había junto a la puerta y esperó temblando a que se produjera la gran bronca. Pero, qué raro...: el pequeño vampiro no había levantado la cabeza ni una sola vez siquiera ante los reproches de Anna. Permanecía sentado junto al antiquísimo pupitre de madera, en el que había un grueso libro —*la Crónica de la familia Von Scboltterstein*—, haciendo como si estuviera enfrascado en la lectura.

Su marcada indiferencia puso todavía más furiosa a Anna.

—¡Sí..., sí..., hazte el sordo, que tampoco te va a servir de nada! —exclamó colérica—. ¡Devuelve inmediatamente nuestra crónica familiar al ataúd de la abuela! ¡Y antes apaga las velas..., derrochador!

Pero el pequeño vampiro siguió sin mover un músculo de la cara. Sólo pasó la hoja sin parecer impresionado.

Aquello dejó a Anna sin habla durante un momento.

Cuando ella se calló, Rüdiger levantó por primera vez la vista de su libro y preguntó con una voz suave, poco natural:

—¿Has terminado?

—¡¿Que si he terminado?! —Anna jadeó.

Pero antes de que ella pudiera iniciar un nuevo ataque, Rüdiger declaró muy digno:

—¡Bueno, ahora me vas a oír tú a mí! En primer lugar: ¡la abuela me ha dado permiso para leer nuestra crónica familiar! En segundo lugar: ¡la abuela me ha dado permiso para leer aquí en la capilla! En tercer lugar: ¡la abuela me ha dado permiso para encender todas las velas que quiera... porque es lo que corresponde a tan solemne ocasión!

—¿Y cuál es, si se puede saber, esa ocasión tan solemne? —preguntó mordaz Anna.

Rüdiger se rió irónicamente.

—¡Que yo me haya decidido ya a hacerme maduro y sabio como un vampiro adulto y tenga por ello que iniciarme en todos los secretos familiares!

—Maduro y sabio... —Anna se rió burlona—. ¡Para eso hay que hacer algo más que leer solamente la crónica familiar!

—Eso lo dices porque te da envidia —repuso muy tranquilo Rüdiger—. ¡Te da envidia de que tú no sepas leer aún correctamente la crónica familiar!

—¡¿Y qué?! —exclamó Anna, cuyo rostro se había teñido de rojo oscuro—. ¡Hay cosas más importantes en este mundo!... ¡Y volverse como los mayores yo no lo considero especialmente importante! —añadió.

Dicho esto se dio media vuelta y corrió hacia la puerta pasando de largo por donde estaba Anton.

—¡Anna! —balbuceó Anton, pero Anna estaba tan excitada que no advirtió su presencia en absoluto.

—Y en cuarto lugar: ¡la abuela me ha prohibido que deje que me molesten mientras esté estudiando la crónica familiar! —le gritó Rüdiger mientras ella se marchaba.

Entonces se cerró la puerta con estrépito y Anton se quedó a solas con el pequeño vampiro.



¡Ahora aguza el oído!

—No..., no quería molestarte —balbuceó Anton acercándose titubeante al pupitre de madera.

—Tú no me molestas nunca —repuso el vampiro—. ¡O por lo menos... casi nunca!... ¡Y justo hoy sí que no! —añadió con aire condescendiente—. ¡Precisamente acabo de encontrar para ti la historia más apropiada!

Y como Anton estaba de pie, un poco sin saber qué hacer, en mitad de la capilla, le ordenó:

—¡Siéntate!

Excepto la silla coja en la que permanecía sentado como en un trono Rüdiger, no había asientos de ningún tipo...; sólo un montón de escombros y cascotes en el suelo.

—Bueno, pues entonces quédate de pie —contestó el vampiro riéndose entre dientes—. ¡Pero no te caigas cuando ahora te lea nuestra crónica familiar!

—Prefiero sentarme —murmuró Anton sentándose encogido en una piedra que era menos picuda y puntiaguda que las demás.

Y luego esperó con impaciencia a que el pequeño vampiro empezara con su lectura.

Pero Rüdiger se tomó tiempo. Como un actor antes de hacer su gran aparición se atusó el pelo, le dio vueltas a los ojos, infló los carrillos, alisó su capa y carraspeó una y otra vez.

Finalmente empezó muy pomposo:

"EN UNA TORMENTOSA NOCHE..."

Pero volvió a interrumpirse y dijo con su voz normal:

—¡Qué bien lo he hecho! ¿No?

—¿El qué? —preguntó Anton.

—Pues... ¡lo de la crónica familiar! ¡Mi abuela, Sabine la Horrible, cree realmente que ahora quiero volverme «maduro y sabio»! ¡Y hasta Anna se lo ha tragado! —se frotó las manos complacido—. ¿Sabes?, ¡era la única forma de convencer a mi abuela de que me dejara la crónica!



—Ah, vaya —murmuró Anton.

—Pero yo no quiero ni lo más mínimo volverme maduro y sabio. ¡¿Para qué?! —dijo el vampiro riéndose entre dientes—. ¡Bueno, y ahora aguza el oído! —añadió.

Luego tomó aire profundamente, inclinó la cabeza sobre el libro y con voz engolada empezó a

leer:

"EN UNA TORMENTOSA NOCHE DEL AÑO QUINIENTOS NUEVE DE LA ERA VAMPIRESCA TUVIMOS QUE DECIR ADIÓS A NUESTRA QUERIDA CRIPTA, QUE DURANTE TANTOS AÑOS HABÍA SIDO PARA NOSOTROS UN HOGAR BUENO Y SEGURO. UNA VEZ MAS HUBO QUE CARGAR AL HOMBRO LOS ATAÚDES Y SUBIR AL MUNDO FRÍO Y HOSTIL AY ¿QUIÉN PODRÍA DESCRIBIR LA AFLICCIÓN DE LOS NIÑOS? LUMPI... ¡SOLLOZANDO FUERTEMENTE! ANNA... ¡CON SUS OJOS ENFERMOS BAÑADOS EN LÁGRIMAS! RÜDIGER..."

El pequeño vampiro se detuvo ahí y tosió graznando un par de veces. Al parecer le resultaba penoso admitir que él también había llorado, así que, sencillamente, se saltó la frase que hablaba de su aflicción.

"¡OH, QUÉ BUENO ES TENER UNA FAMILIA QUE ARRASTRA EN COMÚN TOBAS LAS DIFICULTADES!", —continuó en tono solemne— "FUE UNA NOCHE DE PREOCUPACIONES Y PENALIDADES EN LA QUE SEIS DE NOSOTROS TUVIMOS QUE LLEVAR LOS ATAÚDES AL CASTILLO EN RUINAS DEL VALLE DE LA AMARGURA."

"COMO ES HABITUAL EN NUESTRA FAMILIA DESDE ANTIGUO, TRANSPORTAMOS CADA DOS UN ATAÚD. EL REPARTO EN AQUELLA OCASIÓN SE FIJO DE LA FORMA SIGUIENTE: UNA SERVIDORA, SABINE CON WILHELM; LUDWING CON VILDEGARD; DOROTHEE CON RÜDIGER. ¡¡PERO —¡AY!— LOS DOS DESTRUCTORES DEL CEMENTERIO —MI PLUMA SE RESISTE A ESCRIBIR AQUÍ SUS NOMBRES— TAMPOCO DURMIERON AQUELLA NOCHE ACIAGA!!"

OCURRIÓ EN NUESTRO TERCER Y ULTIMO "TOUR DEL ATAUD".

SABINE Y WILHELM; LUDWING Y VILDEGARD "NOS HALLÁBAMOS YA VOLANDO CON NUESTROS ATAÚDES AL VALLE DE LA AMARGURA. SIN EMBARGO, DOROTHEE AÚN SE ESFORZABA DESESPERABA EN LA VIEJA FUENTE PARA LIBERAR SU ATAÚD, QUE LE HABÍA QUEDADO ALLÍ ATASCADO."

"ENTONCES DE PRONTO RÜDIGER, DESDE EL BORDE DE LA FUENTE DONDE ESTABA AYUDANDO A DOROTHEE A SACAR EL ATAÚD, ADVIRTIÓ LA PRESENCIA DE AQUELLAS CRIATURAS: GEIERM... Y SCHNUPPERM... (¡MI PLUMA SE NIEGA A ESCRIBIR SUS NOMBRES COMPLETOS!), IBAN CON LAS PEORES INTENCIONES, LO CUAL SE PODÍA VER FÁCILMENTE PORQUE LLEVABAN SUS HORRIBLES ESTAC... DE MADE... Y SUS REPULSIVAS Y TERRORÍFICAS RISTR... DE AJ... RÜDIGER CONSIGUIÓ PREVENIR A DOROTHEE DEL PELIGRO. ¡Y LUEGO URDIÓ SU HEROICO PLAN!"

Al llegar a aquel punto, el pequeño vampiro hizo una pausa y lanzó a Anton una penetrante mirada. Pero Anton se guardó de hacer ningún comentario... ¡por el momento!

—¡Sigue leyendo! —pidió.

—Está bien —gruñó el vampiro, y con voz engolada continuó:

"MIENTRAS DOROTHEE SE MANTENÍA TENAZMENTE EN LA FUENTE, RÜDIGER DIO UN HEROICO HACÍA DONDE ESTABAN AQUELLAS DOS CRIATURAS, QUE INMEDIATAMENTE —MÍ PLUMA TIEMBLA SÓLO DE PENSARLO— SE ABALANZARON SOBRE ÉL. RÜDIGER, SIN EMBARGO, PUSO PIES EN POLVOROSA Y CORRIÓ DERECHO A LA CASA DEL INEFABLE GEIERM..."

—Pero... —fue a protestar Anton; sin embargo, el pequeño vampiro le quitó la palabra de la boca.

—¡No me interrumpas cuando estoy leyendo la crónica! —siseó.

Luego continuó:

"Y ASÍ, EL VALIENTE RÜDIGER CORRIÓ SEGUIDO MUY DE CERCA POR LOS DOS ASESINOS. YA SE ESTABAN REGOCIJANDO DE QUE IBAN A COGERLE ENSEGUIDA CUANDO RÜDIGER SE ELEVO EN EL AIRE, VOLÓ BASTA EL TEJADO Y SE COLÓ EN LA CASA DE AQUEL REPULSIVO GEIERM... POR UN TRAGALUZ QUE ESTABA ABIERTO."

"¡OH, COMO CORRIERON ENTONCES LOS DOS!... EL CAMINO HASTA LA CASA Y LAS ESCALERAS HASTA LA PUERTA DEL CUARTO DE BAÑO. PERO ¡RÜDIGER LA HABÍA CERRADO CON LLAVE POR DENTRO, PUES SU GRAN HORA SE APROXIMABA!"

"OBSTRUYÓ LOS DOS DESAGÜES DE LA BAÑERA Y ABRIÓ EL GRIFO. VACIÓ EN LA BAÑERA UN FRASCO DE SALES DE BAÑO... Y CON UNA SONRISA SATISFECHA Y FELIZ MIRÓ CÓMO CRECÍA LA ESPUMA Y CÓMO SUBÍA EL AGUA."

"MIENTRAS GEIERM... Y SCHNUPPERM... MARTILLEABAN LA PUERTA FURIOSOS E IMPOTENTES."

"¡EL BUENO Y VALIENTE RÜDIGER! TEMERARIAMENTE Y SIN ASUSTARSE ESPERÓ HASTA QUE LA BAÑERA SE DESBORDÓ Y TOBO EL CUARTO DE BAÑO DE AQUELLAS CRIATURAS SE ENCHARCÓ."

"FUÉ ENTONCES CUANDO RÜDIGER, DESPUÉS DE AQUEL TRABAJO TAN ARDUO Y —AY— TAN BENÉFICO, ABANBONÓ POR LA VENTANA DEL CUARTO DE BAÑO EL ESCENARIO DE SU ACTUACIÓN."

"¡CON ELLO, GRACIAS A RÜDIGER, NUESTROS PEORES ENEMIGOS ESTUVIERON OCUPADOS EL RESTO DE LA NOCHE CON SUS PROPIOS PROBLEMAS!"

"DOROTHEE, YA SIN ESTORBOS, PUDO LIBERAR SU ATAÚD, Y JUNTO CON RÜDIGER —EL HÉROE DE AQUELLA NOCHE— LO LLEVO HASTA EL VALLE DE LA AMARGURA."

—¡El héroe de aquella noche! —repitió mordaz Anton—. ¡Bien que te engalanas con plumas ajenas!

—¿Plumas? ¿Dónde? —contestó el vampiro con una excitación fingida haciendo como si se buscara plumas en su capa—. No veo absolutamente ninguna —dijo riéndose irónicamente.

—¡Tú sabes muy bien qué es lo que quiero decir! —repuso furioso Anton—. ¡Fui yo quien

distrajo a Geiermeier y a Schnuppermaul durante vuestro «Tour del Ataúd»! ¡Fui yo quien corrió delante de ellos hasta su casa para que Tía Dorothee pudiera sacar su ataúd de la fuente!

—¡Ya, ya! —dijo divertido el pequeño vampiro—. ¡Y ahora quisieras que se reconocieran tus méritos en nuestra crónica familiar!

Anton tragó saliva.

—¿Mis... méritos... en vuestra crónica familiar?

—¡Anda, que estás más pálido que una sábana!

El vampiro se rió entre dientes.

—Yo... —de repente Anton sintió sus manos gélidas—. ¡Yo..., yo no quiero salir en vuestra crónica familiar! —dijo con voz temblorosa.

—¡Pues entonces! —el vampiro se revolcó de risa—. Y como yo eso lo sabía, le conté toda la historia a mi abuela, Sabine la Horrible, como si me hubiera ocurrido a mí... Y todo eso lo hice solamente por ti..., ¡por verdadera amistad! Lo comprendes, ¿no?

—Sss... sí —tartamudeó Anton.

—¡¿Lo ves?! —dijo el vampiro riéndose irónicamente—. Así soy yo..., Rüdiger, ¡tu amigo de verdad!

Hasta el sudario

Y con una voz repentinamente cambiada por completo, exigente, añadió:

—¡Y ahora júralo!

—¿Que lo jure?

—¡Sí! ¡Que no hablarás con nadie de la crónica!

—¿Tampoco... con Anna?

—¿Con Anna? —el vampiro se rió a sus anchas—. Sí, con Anna sí puedes hablar de la crónica.

Al fin y al cabo, ella pertenece a la familia.

»—Bueno, y ahora júralo —añadió impaciente—. Yo no tengo todo el tiempo del mundo.

—¿Y co..., cómo tengo que jurarlo? —preguntó desconcertado Anton.

—Muy fácil —contestó el vampiro cerrando con tanta fuerza la crónica que levantó una nube de polvo—. ¡Pones la mano sobre el libro y luego repites lo que yo diga!

—¿Repetir lo que tú digas? ¿Qué es lo que vas a decir?

—¡No preguntes tanto! ¡Primero pon tu mano sobre el libro!

Anton se levantó lentamente de su incómodo asiento. Fue hasta el pupitre de madera y, temblando, extendió su mano derecha.

—¡La derecha no! —dijo áspero el vampiro—. ¡La izquierda..., que es la del corazón!

Anton se quedó indeciso. ¿Debía poner realmente su mano sobre la crónica de los vampiros... (y encima la izquierda porque, según había dicho Rüdiger, es la del corazón)... y jurar? ¿No debería temer que haciéndolo... podría convertirse él mismo en vampiro?

Sintió un estremecimiento helado.

Como si viniera desde muy lejos oyó la atronadora carcajada de Rüdiger.

—¡Eh, pones la misma cara que si te hubieras tragado una rata! —se rió.

—No... no me pasará nada, ¿verdad? —preguntó preocupado Anton.

—¿Qué es lo que te puede pasar? —repuso el vampiro.

—Yo..., tal vez después...

—¿Qué?

—Que después también... ¡perteneciera a la familia! —dijo titubeando Anton.

—¡Eso no es así de fácil! —repuso el vampiro—. ¡Y además, tendría que ser queriéndolo tú!

—¡Pero yo no quiero! —exclamó Anton... con más fuerza de lo que era realmente su intención.

—¡Está bien, está bien! —le tranquilizó el vampiro—. ¡Y ahora hazlo ya de una vez..., que me gruñe el estómago!

Temblando aún, Anton puso su mano izquierda sobre el grueso libro. Cuando tocó la gastada cubierta dorada un extraño calor pareció fluir por sus dedos...

Dio un respingo..., pero luego se sobrepuso y volvió a colocar la mano sobre el polvoriento libro.

—¿Estás preparado? —preguntó el vampiro, que también se había puesto de pie.

Anton asintió con la cabeza. El corazón se le salía por la boca.

—Bueno, ¡presta atención! —dijo el vampiro.

*«Hasta el sudario callarme
sobre este libro aquí juro.
Drácula venganza clame
si alguna vez no lo cumplo.»*

A Anton se le hizo de repente un nudo en la garganta. Tragó saliva y con voz ronca empezó a pronunciar el juramento:

*«Como un sudario callarme
sobre este libro aquí juro...»*

Se interrumpió. De repente notaba muy caliente bajo su mano la cubierta de cuero...

—¿Qué pasa? —exclamó el vampiro—. ¡Sólo has pronunciado la mitad del juramento! Y además: ¡hay que decir «hasta el sudario»!

—... *Drácula venganza clame* —continuó Anton con voz compungida—. *Si alguna vez no lo cumplo.*

—¡Exacto! —dijo el vampiro riéndose con un graznido.

Luego le arrancó de un tirón a Anton la crónica de debajo de la mano y se la puso al brazo.

—¡Vamonos! —dijo con voz sepulcral.



Rüdiger el poeta

—¿No... no vas a seguir leyendo? —preguntó sorprendido Anton echando preocupado un vistazo a su mano izquierda; pero aunque le ardía mucho la mano, no se advertía ninguna quemadura...

—No —contestó brevemente el vampiro empezando a apagar las velas a soplidos.

—¿Y tu historia? —exclamó Anton—. ¡Me prometiste que me la ibas a leer hoy!

—Ah, ¿sí? ¿Eso hice? —contestó el vampiro con una sonrisa de orgullo y autocomplacencia.

Era evidente que se sentía halagado con la curiosidad de Anton.

—¡Sí! ¡Y sobre la crónica tampoco me has contado aún nada!... ¡Por ejemplo, lo que significa año quinientos nueve de la era vampiresca!

El pequeño vampiro se rió maliciosamente.

—¡Mejor deja para mañana lo que puedas hacer hoy! —dijo en un tono muy misterioso.

Luego apagó de un soplido la última vela.

De pronto la capilla quedó completamente a oscuras.

—¡Vamos, date prisa! —siseó el vampiro, y Anton oyó que se dirigía hacia la puerta.

Salió detrás de él tanteando con pasos inseguros... y se alegró muchísimo cuando llegó al exterior sin haberse caído.

Fuera de la capilla el pequeño vampiro le estaba esperando sosteniéndose impaciente ahora sobre un pie, ahora sobre el otro.

—Sabrás regresar tú solo, ¿no? —preguntó.

—Sss... sí —asintió Anton, sorprendido por la repentina amabilidad del vampiro.

—Bueno, pues entonces... —dijo Rüdiger preparándose para marcharse.

—¡Un..., un momento! —dijo Anton.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó el vampiro.

—Yo... —Anton carraspeó—. ¿Nos vamos a ver mañana?

—Ya no puedes aguantar más tu curiosidad, ¿eh? —se rió entre dientes el vampiro—. ¡Está bien! Vente mañana por la noche a la capilla... ¡Yo estaré aquí!

Con estas palabras se dio la vuelta y se dirigió apresuradamente hacia el edificio principal del castillo en ruinas. Anton esperó hasta que Rüdiger desapareció por la oscura entrada; luego emprendió el camino de regreso. Fue a pie y deteniéndose con miedo en la sombra de los árboles.

Pero no vio ni oyó nada sospechoso y Anton llegó sin contratiempos a la Cueva del Lobo. Después de aguzar el oído durante un instante y de comprobar que no salía ningún sonido del interior de la cueva, echó a un lado cautelosamente la mochila y se introdujo en la oscuridad.

Entonces percibió la uniforme y tranquila respiración de su padre y se atrevió también a encender su linterna. ¡Su padre estaba allí tumbado, durmiendo pacíficamente!

Anton cerró aliviado la entrada de la cueva, se metió en el saco de dormir y apagó la linterna. Pero en esta ocasión no se durmió enseguida. La noche había sido tan emocionante... Igual que si se tratara de una película vio a Anna con tanta claridad... Cómo había estado primero furiosísima con él; cómo luego, sin embargo, habían vuelto a reconciliarse... Y a Rüdiger, sentado en el

antiquísimo pupitre de madera, leyendo la crónica familiar... Y luego el juramento...

Anton volvió a pronunciarlo en voz baja:

*Hasta el sudario callarme
sobre este libro aquí juro.
Drácula venganza clame
si alguna vez no lo cumplo.*

A Anton le parecía que realmente no sonaba a un antiguo juramento vampiresco auténtico... sino, más bien, a una rima de Rüdiger.

¿O sí sería auténtico? Después de pronunciar una vez más el juramento le pareció de repente que remitía el ardor de su mano...

¡Sí! ¡El ardor ya había desaparecido y Anton sentía su mano como siempre!

Anton suspiró profundamente... ¡y luego se durmió!



ANGELA SOMMER-BODENBURG. Nacida el 18 de diciembre de 1948 en una localidad cercana a Hamburgo, es una escritora alemana. Estudió educación, psicología y sociología en la Universidad de Hamburgo. Ejerció de maestra durante doce años, dedicándose finalmente a sus dos pasiones, la pintura y la literatura. Ha escrito más de cuarenta libros entre poesía y novela. Su gran éxito han sido las novelas infantiles del pequeño vampiro, de las que ha vendido más de diez millones de ejemplares. Sus obras han sido adaptadas para el teatro, la radio, el cine y la televisión. La película del pequeño vampiro, dirigida por Ulrich Edel, fue estrenada en 2000.